

El Ruedo



1⁵⁰
Pts

AAVEDRA



ANTONIO CASERO

Un pase de rodillas
(Dibujo de Antonio Casero)

El Ruedo



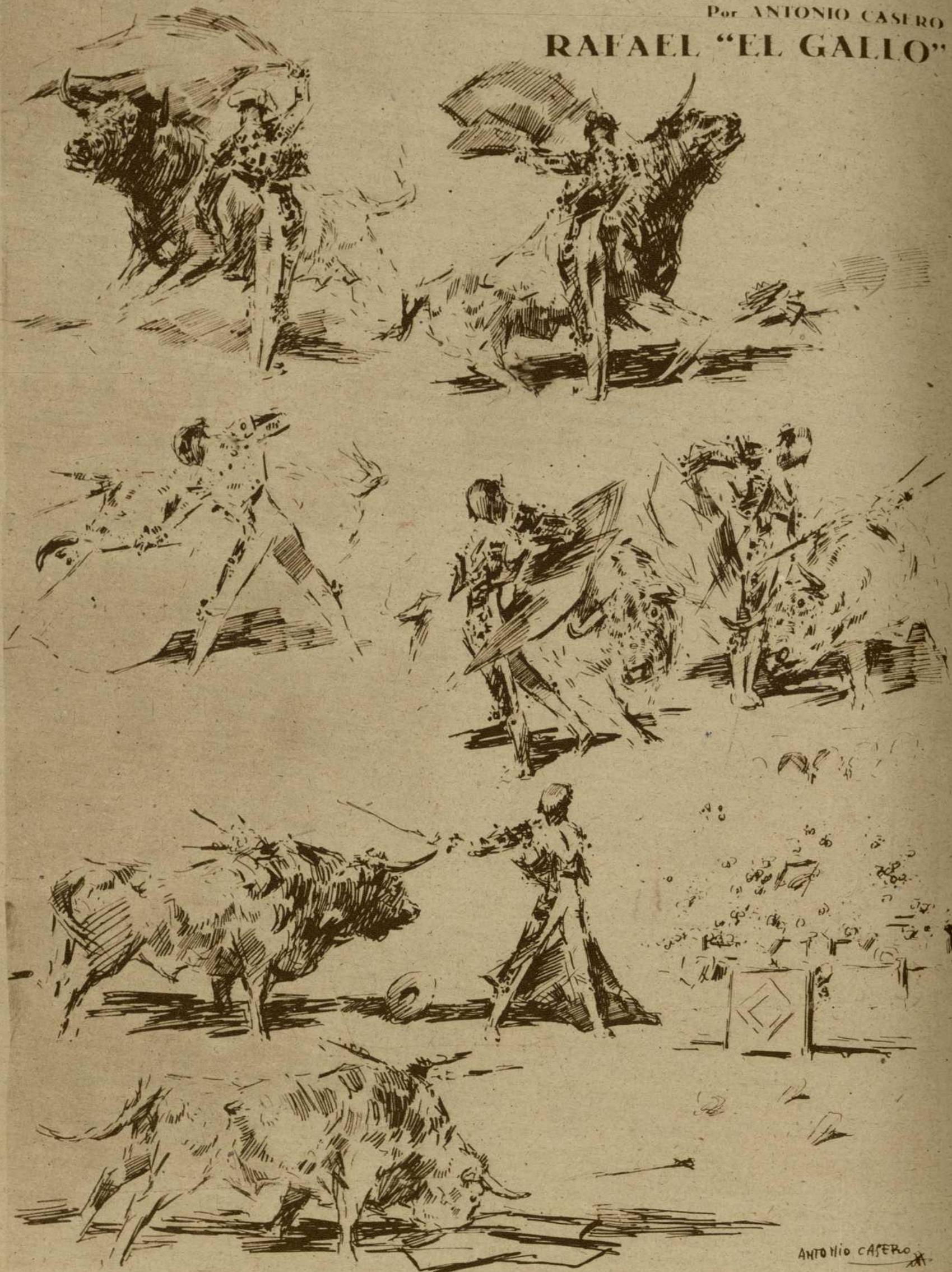
EN ESTE NUMERO
Con ALVARO DOMINGO
en su finca de recreo
El rejoneador jerezano ha
para EL RUEDO al terminar
temporada

(Foto M.A.)

ORO VIEJO

Por ANTONIO CASERO

RAFAEL "EL GALLO"



ANTONIO CASERO



El Ruedo

Suplemento taurino de MARCA

Año I -:- Madrid, 29 de noviembre de 1944 -:- Núm. 25



Alvaro Domecq con el padre Torres Silva, vistos en Jerez en el sencillo acto de la entrega del cheque ofrecido por aquél para el Oratorio Festivo Domingo Savio, obra benéfica para la que el caballista español ha toreado esta temporada (Información en las páginas 4, 5 y 24) (Fot. Mari)

PREGON DE TOROS

Por JUAN LECN



Ahora, en invierno, durante este paréntesis en que la afición se debate en polémicas más o menos sustanciosas, las noticias, los hechos, los escritos, no envejecen. Antes al contrario: se renuevan, como para mitigar la espera de la temporada.

Por esto, cuando leí, a punto de terminar mi «pregón» de la última semana, un artículo de Chavito, que no descuida un día su atención a la fiesta, y se me ocurrió glosarlo, dado su interés, pensé que podía esperar tranquilamente esta semana, es decir, este «pregón», otro «pregón».

A Chavito se le ocurría recordar en el aludido artículo.

con esa agudeza de buen aficionado que ha visto muchas cosas y sabe muchas más, lo que proponía Paquiro en su «Tauromaquia» al tratar, en su parte tercera, de la reforma del espectáculo.

Decía el famoso diestro que el asesor del presidente debía ser «hombre de conocida probidad e imparcial», buen conocedor de cuanto atañe a la fiesta y, por tanto, espaz de aconsejarle certeramente las decisiones que debe tomar sobre la marcha del espectáculo.

Según Paquiro, este asesor debería reconocer el ganado antes de llegar a la Plaza, a fin de comprobar hierros y marcas «para que no engañen al público, como sucede todos los días»—parece que no pasa el tiempo!—. La misma obligación tiene el referido consejero de comprobar si la edad, fuerza y peso de los toros están en condiciones, y en caso necesario, «desechar los que carezcan de las proporciones—creo que debe leerse condiciones—para la lidia».

Después de la textual transcripción, Chavito comenta: «¿Que por qué copiamos esto? Por nada. Por ganas de copiar. Eso es todo».

Eso es todo, sí; la repetición en todas las épocas del mismo pleito, que no es ni más ni menos que éste: ¿Quién tiene más importancia: el toro o el torero? ¿A quién se le han de conceder más prerrogativas? ¿Qué es lo que gusta más al público: la fuerza bruta de la fiera o la inteligencia dominadora del hombre? ¿Es que ha desaparecido el peligro, hasta el extremo de que cualquiera pueda dedicarse a torero para enriquecerse en unas cuantas temporadas, sin más novedades dignas de mención?

Por hoy, y pese a la endeblez evidente del ganado que se lidia, la verdad es que no. Los que cada día llaman a las puertas de la fortuna y de la gloria siguen siendo, proporcionalmente, los mismos que siempre, muchos; los que llegan, sin embargo, son pocos, muy pocos. Una parte de ellos pasa a las historias taurinas entre arreboles sangrientos; otra perece en el olvido y la miseria; otra, menor que aquéllas, consigue un retiro templado y hasta cómodo, pero sin brillo, y una, la más pequeña, casi insignificante, alcanza plenamente, hasta su muerte natural, los objetivos que le arrastraron a tan peligrosa profesión.

¿Estará aquí el secreto de que la fiesta se sostenga potente, pese al toro chico?

Eso lo veremos otro jueves, para entrar después de lleno en la glosa y comentario de la otra temporada taurina, la de Méjico, a la que unos españoles han ido a... probar fortuna.

Sol de Jerez en noviembre

«He toreado demasiado esta temporada; el año que viene sólo lo haré en limitadas corridas, pues no quiero caer en ese clima de incomprensión creado por los que todavía no han llegado a entender la finalidad de mis actuaciones.»



Alvaro Domecq, con su jaca Espléndida, en su finca de recreo "El Paquete".



La jaca Espléndida asoma la cabeza por la puerta de la cuadra.

A PENAS a dos kilómetros de la calle Larga, punto de cita, reunión y trato, ir y venir, tertulia y casino, negocio y coqueo, que de todo hay y para todo da lugar este Jerez; en la iniciación de la carretera de Sevilla, que se deja en seguida para tomar el camino que va a Lebrija, está la finca de recreo de Alvaro Domecq.

—Pero, ¿usted no conoce «El Paquete»?
—¿El Paquete?

Y como no salía de mi asombro, pronto me lo aclararon.

—¡Cucha, «El Paquete»! La casa del mejor rejoneador de España, el lugar donde tiene sus caballos, con los que se pasea por los ruedos y torea para los pobres.

—Pero, ¿«El Paquete»?—añadí sin comprender todavía.

—Aquí en Andalucía hay nombres para todo. Y este de «El Paquete» tiene su pequeña historia. Su antiguo dueño, el señor Rivero, era el caballero más pinturero que se paseaba por el pueblo. Había que verle taconeando. Muy bien vestido siempre, muy cuidado en su ropa, muy puesto... ¡Un paquete, señor! Lo que se dice un paquete. Y paquete le llamaba la gente porque no había nadie tan bien arreglado ni que se presentara mejor. Y la casa fué el paquete, y la finca, «El Paquete», y hoy nadie la conoce más que por este nombre.

Ya sabía yo algo más que ignoraba—de las muchas cosas que ignoramos en esta vida—cuando en esta tarde de sol jerezano fui a visitar al ilustre caballista que ha sabido hermanar la natural aristocracia de su estirpe con la práctica humilde y sencilla de la caridad, por el placer íntimo de hacer el bien por el bien mismo.

Y llegué a «El Paquete» a los cinco minutos escasos de tomar el coche en la puerta del hotel, y en la finca, Alvaro Domecq, que me esperaba. Un abrazo cordial de bienvenida y pronto el diálogo prendido en la parla ceceante de este andaluz simpático y bueno, que no sabe dar importancia—porque la caridad debe silenciarse—a todo lo que ha hecho en la temporada para que

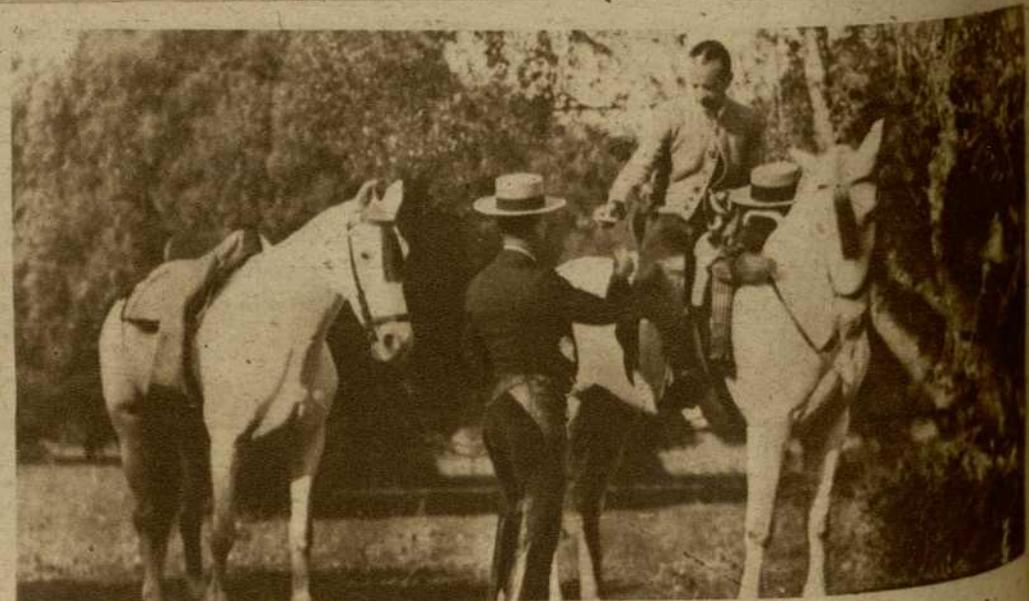
unos niños, unos arrapiezos miserables, sin calor de hogar y sin protección de nadie, tengan el cobijo necesario para una justa regeneración de lo que ninguno tuvieron culpa.

—Son los que nadie quiere. Los más pobres de los pobres. Los que sin saberlo emprendieron un mal camino que Dios sabe dónde les conduciría si nadie se preocupase de ellos. Una gran obra la que se está llevando a cabo, y lo digo así porque no soy el autor de ella. Yo he puesto para su consecución lo menos que podía poner: el dinero, las pesetas, que no valen nada cuando se destinan a un fin altruista. Todo lo demás—que es mucho y principalísimo—lo puso y lo está poniendo ese santo varón que se llama don Juan Torres Silva, un curita que entre bromas y veras, entre risas y súplicas, va acumulando en el Banco lo que hace falta de materia para la obra bienhechora y espiritual que precisa. Lo mío es lo de menos: un poco de ajeteo, la pequeña incomodidad que representa ir de una Plaza a otra—este año he toreado cincuenta y una corridas—y poco más. Un poco más que significa el dejar mi hogar, abandonar los negocios, sufrir las incomodidades de los traslados y enfrentarme con el peligro de los toros. Muy poco si se tiene en cuenta que todo ello es para los niños pobres.

Quise seguir la conversación por este derrotero. Me interesaba el tema. Burla burlando, bajo el sol de los ruedos, entre el calor de las palmas y el griterío de la fiesta, Alvaro Domecq, aunque él no quiera, viene realizando una magnífica obra social y patriótica que no creemos tenga muchas precedentes.

—¿Y el acto de mañana?—insistí, porque no quería dejar en el silencio informativo lo que debe conocerse...

—Una cosa muy sencilla. El padre Torres Silva ha querido aprovechar la entrega del cheque con la cantidad acordada por él correspondiente a mí para esta obra, para que los chiquillos demuestren su gratitud. Visitará usted el oratorio, verá qué gran cosa se está haciendo; antes oiremos un



En "El Paquete". Alvaro Domecq, en un descanso, lia un cigarro con el mayoral.

Con ALVARO DOMEQ en su finca de recreo

"No se puede ser buen rejoneador sin conocer bien las distancias y el temple del toreo. Juan Belmonte es el mejor torero a caballo, porque reúne estas condiciones como nadie"

... bendecirán mis caballos y yo pronunciaré esas palabras de gracias. Todo en la mayor intimidad, sin darle al acto ninguna importancia, lo que me dice por aquí una copita con tapa.

Me maravillaba la humildad de este caballero español, y más aún su insistencia en hacerme variar de conversación.

—Deje usted esto ya. Para mí no hay más espejo que el de mi padre, y en él me miro para continuar la senda de la caridad que enseñó a sus hijos y las prácticas cristianas. El nos hizo ver con hechos de realidad las injustas diferencias de unos y otros, y pretendió siempre acortarlas; nadie tiene la culpa de nacer, y ninguno supo al venir al mundo el derrotero que le deparaba la vida. Estoy seguro que desde el Cielo aprobará con creces mi modo de ser. Y ahora, en la práctica de la realización, todos los elogios y todos los parabienes para este sacerdote andaluz, verdadero misionero, que encuentra más horas que tiene el día para dirigir las obras, dar clase, enseñarles música, pedir limosnas y hasta hacer esa «hojilla» que vuela de casa en casa con el garbo y el aire de un auténtico periodista puestos al servicio del fin que persigue.

Caminábamos despaciosamente por las alamedas de «El Paquete» y llegamos al lugar donde están instaladas las cuadras de los caballos del rejoneo.

Lo primero que me llamó la atención fueron sus establos. Sobre las encaladas paredes, un «¡Alabado sea Dios!» como vértice de su honda creencia. Después, máximas de equitación y consejos para el caballista. Más allá, el principio de un fandanguillo, el principio nada más, porque el resto me lo cantó con estilo y sentimiento un mayoral:

*El caballo es mi afición;
yo soy jinete vaquero;
la marisma, mi manía;
la garrocha, mi ilusión,
y el fandango, mi alegría.*

Y en las cuadras, asomada al exterior, la cabeza torcida de la *Espléndida*, esa yegua de siete años denominada por Alvaro Domecq para el difícil arte de torear a caballo. Más allá, *Presumido*, otro de los animales con los que Domecq luce su destreza en los ruedos; a su lado, *Escándalo*, que firma con los dos anteriores la terna de que dispone actualmente para lidiar en las Plazas reses bravas.

A la voz de su dueño, los tres caballos piafaron de gozo. Muy hechos a su mando, compenetrados con el jinete, *Espléndida*, *Presumido* y *Escándalo* forman una familia hermanada en el mismo sentir y en el mismo gozo de servirle a la llamada de mano.

Veintiocho mil kilómetros han recorrido estos animalitos en la temporada, y no han faltado a ninguna cita. ¡Bien respondieron los tres!

Domingo, el criado de su confianza, sacó a los caballos de las cuadras. Alvaro Domecq los montó sucesivamente en el picadero, y ante mí y el grupo de amigos que me acompañaba nos dió una lección de rejoneo a la española. Una hora duró la «corrida». Comprendimos el esfuerzo, pero nos supo a poco.

—Y ahora una copa.

El sol andaluz se había puesto en el ocaso para dar entrada a la luna, que se contorneaba ya en el pálido azul del cielo.

En el hogar, a la vera de una chimenea, ante el vino chico de Jerez, una larga disquisición sobre el toreo a caballo.

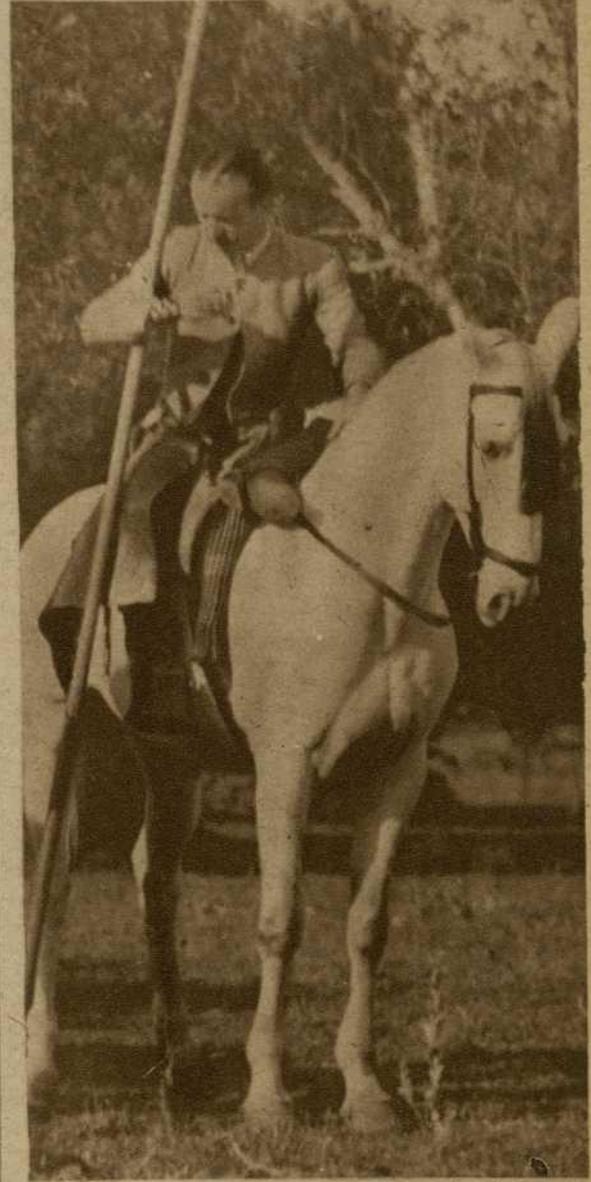
—Para mí—dijo Alvaro Domecq—, el rejoneador más completo es el portugués Nuncio, y el que mejor torea sobre el caballo, Juan Belmonte, porque conoce como nadie las distancias y el temple. Simão da Veiga es también un formidable rejoneador. Cañero lo fué igualmente, y tuvo una época magnífica.

—¿Y usted?

—Para qué hablar de mí. Yo hago lo que puedo. Poniendo en lo que haga toda mi mejor voluntad y mi enorme afición.

—Me habían dicho—inquirí—que no torearía usted la temporada próxima.

—Desde luego, con la intensidad de ésta que ha pasado, no. Esto lo puede asegurar. No quiero caer en ese clima de incomprensión de los que aun no han sabido entender el porqué de mis actuaciones, y cuidado que es fácil comprenderlo! Todavía hay mucho que hacer por estas tierras andaluzas. En Jandilla, por ejemplo, faltan escuelas, a pesar de que hay bastantes hechas. Para su construcción seguiré toreando, como así siempre que de mí lo soliciten para un fin benéfico; pero el torbellino de este año acabó. Cumplí mi promesa, y terminé con la entrega del dinero el fin que perseguía. Lo que venga ahora será con más calma, con más espacio. ¡Si viera usted, amigo, el trabajo que cuesta querer hacer el bien sin que le critiquen a uno...!



El rejoneador jerezano se detiene en su trajín para descansar un rato



Domecq rejoneando, a campo abierto, un becerro (Fotos Marín.)



Aspecto de las cuadras en la finca jerezana de Alvaro Domecq "El Paquete". *Espléndida* y *Presumido* son los dos caballos situados a la izquierda

¡Fígaro! ¡Fígaro!

Por EL CACHETERO



VAMOS a hablar, bastante de pasada, del «afeitado» de los toros. Por eso encabezamos la crónica bajo la advocación del rapabarbas sevillano, y nos disponemos a entrar en materia para salir pronto de ella, porque es apesosa. Creo que con la mención del «afeitado» ya nos hemos entendido todos; pero convendrá saber que aquí se va a hablar de él de manera amplia, como «arreglo» y «manipulado». Es decir, como el símbolo de todas las operaciones fraudulentas que se realizan para privar al toro de la mayoría de su pujanza y fiereza, por si ella ha logrado escapar del cerco que ya le pone el ganadero, dándole con poco peso y sin edad cumplida.

El «afeitado», pues, en tal sentido, comprende toda faena, como las siguientes: purgar a los toros en corrales con la debida antelación; enarbolar un saco de arena, serrín o cascote, y dejarlo caer sobre el lomo del toro las veces necesarias para derrengarlo; realizar la misma operación valiéndose de un tablón, y finalmente el «afeitado» estricto, que consiste en limar, despuntar y dejar romos los pitones. Todo esto puede hacerse por junto o separado, según las condiciones viables, y, naturalmente, harto hará luego el toro con tenerse en pie—que casi nunca lo logra—y no tirar una mala cornada para la que haga falta un adarme de fuerza y nervio que no posee. Y sobre tal género, vengan pases y pases y la broma pesada de hacer creer que se está toreando, o sea, burlando a un toro que ofrece peligro con el plus—que es la torería—de que la burla tenga ribetes de arte, cuantos más, mejor.

Ya hemos dicho lo que pensábamos en este artículo y los precedentes del ganado que se está lidiando. Ahora hay que señalar al «afeitado» como el último *inri* de befa y escarnio. Un toro sin las condiciones reglamentarias es una burla del ganadero; un toro «afeitado» es asunto de calabozo y juzgado de guardia. Porque, la verdad, jamás se han defendido los toros como fiesta humanitaria ni delicada.

Si el toro no tiene las condiciones potenciales para llevarse por delante al torero, no hay fiesta posible. Uno quiere que el torero no se vea jamás en tal trance; pero sólo por su destreza o suerte, que no porque haga sus gracias frente a un animal sin peligro. Así, que esta Sociedad Protectora del riesgo formada por los ganaderos, por los «barberos» y por los toreros, será el colmo del humanitarismo; pero también el ápice de la estafa, porque los toros son precisamente para lo contrario y a nadie se obliga a torear.

Se ha hablado de calabozos, y hasta que no se vea en él algún Fígaro conocido, poco se va a arreglar todo por este lado. El caso es que nadie resuella, aunque eso del «afeitado» es rumor público que jamás corrió hasta ahora y que debería avergonzar a quien viste de luces. No hablemos, claro está, de los ganaderos, que responden moralmente ante el público y con su divisa del decoro taurino de su ganado. Pero todos lo negarán. Yo no tengo pruebas materiales de que se «afeita», y si las tuviese las expondría de pe a pa. Me basta con la convicción moral. Pero estoy seguro de que alguien las tiene y no se atreve a decírlas, por esa complicidad que se produce en quien se mete en «el toro».

En fin, que no se dice más de cómo anda el ganado de lidia porque es un puro desastre. Ya no canso más, y hablaremos de otras cosas, también «sin visto bueno». Sólo quiero recomendar con todas veras la lectura de un magnífico artículo que publica *El Español* del 19 del actual sobre el tema. Mejores cosas de las que allí se dicen no va a decir uno. ¡Bien, señor Fernández Salcedo, muy bien! ¿A que no contesta nadie?



La cortó JOSELITO

al toro «Cantínero»,
de Santa Coloma, el
30 de septiembre
de 1915

HASTA el 30 de septiembre de 1915 no se había concedido jamás a torero alguno, en la Plaza de Sevilla, el galardón de la oreja. Eran tiempos bien distintos a los actuales. Joselito, que entonces tenía veinte años de edad y se hallaba en plena celebridad, mató el solo aquella tarde seis toros de Santa Coloma.

El inmenso lidiador rayó a inenarrable altura en la lidia de los seis magníficos ejemplares del conde, enardeciendo de entusiasmo a los aficionados. Su éxito culminó en el quinto, de nombre «Cantínero», realizando un faenón inenarrable y echándole a rodar de un impecable volapié. Los espectadores, puestos en pie, trémulos de emoción, subyugados ante tanta belleza, sacaron el pañuelo en demanda de la oreja, que le fué concedida por el presidente, concejal señor Filpo.

El propio Joselito también sacó su pañuelo. Fué al retirarse al estribo de la barrera para hacerle entrega a su mozo de estoque de la muleta y la espada. El fenómeno de Gelves se enjugó las ardientes lágrimas que la emoción desgranaba por sus mejillas. Después mandó disecar la cabeza de «Cantínero» y la colocó en el despacho de su casa de la Alameda de Hércules.

Desde entonces hasta su muerte cortó en total treinta y ocho orejas entre las Plazas Monumental y de la Maestranza sevillanas.

Toda la actuación del 30 de septiembre de 1915 fué triunfal para el colorado de Gelves. Hizo en total veintitrés quites, todos ellos diferentes. Banderilleó magistralmente cuatro toros. Ejecutó seis faenas prodigiosas, resaltando la realizada en el quinto, y empleó seis estocadas y dos pinchazos para pasaportar a sus enemigos.

Aquella tarde quedó rota, pues, la tradición de no otorgar orejas en Sevilla en premio a la labor de los toreros.

Joselito lució en dicha corrida un traje violeta con guarniciones bordadas en negro.

El susodicho año 1915 fué brillantísimo para el gran torero. Toreó 102 corridas y estoqueó 241 toros. Como único espada mató seis corridas de seis toros cada una, contándose entre éstas una de Miura. El 14 de agosto del año en cuestión toreaba en San Sebastián, mano a mano con Gaona, una corrida de Campos Varela.

El mejicano resultó cogido y lastimado, motivo por el cual tuvo Joselito que matar cinco toros.

Comenzó José aquella memorable temporada el día 28 de febrero, en Málaga, y la cerró el 23 de octubre, en Madrid, corrida a beneficio del ex matador de toros Pepe-Hillo. Toreó en las Plazas de Málaga, Barcelona, Castellón, Zaragoza, Murcia, Madrid, Sevilla, Jerez de la Frontera, Badajoz, Baeza, Córdoba, Granada, Algeciras, Valencia, Mérida, Andújar, Pamplona, La Línea, Cartagena, Alicante, Vitoria, Lisboa, San Sebastián, Ciudad Real, Almagro, Alcalá de Henares, Sanlúcar de Barrameda, Albacete, Huelva, Morón de la Frontera, Logroño, Salamanca, Valladolid y Jaén.

Ese mismo año, su rival, Belmonte, contrató 110 corridas y solamente pudo torear 79.



**GRACIA Y TERTULIA
EN EL PASEO DEL
GRAN CAPITAN**



Rafael el Guerra en sus últimos tiempos

¡MUCHACHOS, QUE VACA...! DE LOS PRINCIPIOS DEL GUERRA

Por M. BARBERI ARCHIDONA

CORAJE y voluntad. Esta era la divisa—roja y dorada—que las hadas propicias—esas hadas vestidas de crepúsculo que aun cruzan por el cielo verde de Córdoba antes que se corran sobre él las primeras sombras—clavaran con moñas rizadas en la cabecera de la humilde cuna de Guerrita cuando vinieron desde los riscos perfumados de la Sierra para presidir su destino torero.

Coraje y voluntad... ¿Sabéis sobre qué suelo había rodado aquella cuna? Sobre las losas anchas, empapadas de sangre caliente, del Matadero Municipal.

Siluetas de reses bravas, vencidas en los corrales de la Plaza por su mal pario, derrengadas, heridas, «deshechas por la tiente», venían a abatirse sin gloria y sin tragedia en aquel ámbito ignorado, para ser luego despedazadas y vendidas. ¡Tristeza de las fieras bravas, fracasadas en su hermoso y bárbaro destino de ir a acabar en el triunfo sangriento del coso, en una tarde llena de sol!

Pero, ¿quién descifra los arcanos de la suerte? ¿Sabéis que muchos toros de estampa, orgullo de sus ganaderías, fueron lidiados por toreros de poco más o menos, y en cambio las pobres reses destinadas al sacrificio oscuro alcanzaron la fortuna de luchar «poder a poder» con el torero que sería un día el delirio de Córdoba?

Hemos dicho: Guerrita. ¿Eso era algo? Entonces, casi nada. Un chaval recio, un poco rechoncho—nadie le encontraría la salsa torera—, serio y volutarioso, que ayudaba de día a los quehaceres del padre—llavero del Matadero Municipal—y esperaba las noches de luna con ansias de poeta, porque en aquellas noches, calinas y agoreras, estrellas de predestinación le iban escribiendo el destino allá arriba.

El padre se iba al campo. La madre y los hermanos más pequeños dormían. Entonces era la gran fiesta de Guerrita.

Allá estaba con él un grupo de muchachuelos ansiosos, ardiendo en la alta fiebre de la torería. Allí estaban, ocultos en la sombra de sus patios, sin escuchar las voces familiares que los reclamaban, unos mozueros desharrapados, manchados, magros y huraños, que llevaban dentro un sueño de guapeza que no les dejaba vivir y que ya se llamaban entonces—y siguieron llamándose luego, en carteles de sedas de colores—: Torerito, Mojino, Manene y otros y otros, cada uno con su naipe—unos, naipes de triunfo; otros, naipes de muerte—clavados en la frente renegrida.

Cuando clareaba la noche profunda y podía verse—verse siquiera—el bulto de las bestias en la penumbra espesa con relente de río, Guerrita y su pandilla se iban al Matadero, saltaban las tapias mugrientas de sebo, olfateaban con delicia aquel olor a entrañas rotas que les anticipaba la embriaguez de los cosos soñados y avanzaban hacia las reses destinadas a morir en los tajos, para ir haciendo un apartado minucioso y paciente.

Otros mozueros, en ese silencio solemne que sólo late en el fondo de la algarabía de las Plazas de toros, se quedaban en lo alto de la tapia, con las piernas colgadas y la cabeza bien embutida entre los hombros, en gesto preocupado y exigente: eran la «crítica»; la «sifisión».

Allí se toreaba en un derroche delirante de valor ciego, vehemente, ansioso. Cuanto más, mejor. Apremiaba el tiempo, que se gustaba golosamente, ciñéndose al peligro en aquella oscuridad invitadora a las más ásperas audacias. Nadie veía los lances mejores. Nadie más que el que los realizaba para su íntimo y exaltado regocijo.

—He «estao superior»—se decían unos a otros, con la risa encendiendo ojos y labios y la frente mojada de ese sudor de la voluptuosidad saboreada en el seno mismo de la muerte, placer inédito que ya nunca más volverían a regustar.

Íntima convicción del futuro. Palmas y ¡olé! en la silenciosa altura. Sueño de clarines y pasodobles, y los billetes grandes, aleteando en los morrillos, sangrientos de estocadas fulmineas.

—¡Yo, el «mejón!»—arrogancia típicamente de aquel Guerrita descamisado que se sujetaba a duras penas el andrajo de los calzones.

Y una noche...

Habían llevado al Matadero una vaca, una res brava de soberbia estampa, pero ya tan vieja y resentida que se había acordado destinarla a la muerte infamante del Matadero.

—Muchachos, ¡qué vaca!—encomiaba Guerrita a sus amigos, dándole en la descriptiva geometría del gesto proporciones mitológicas—: «asín» y «asín...»

¡Un regalo! El padre de Guerrita no regresaría del campo hasta la noche, y el animal podría ser lidiado de día, a la luz del sol, como en las corridas «de verdad».

La turba bulliciosa, con latidos de apasionada impaciencia en las sienes, invadió el Matadero. Toda la chiquillería de Córdoba acudió a aquel festejo.

Y empezó la corrida. Se había pasado la vaca a un corral más amplio, y el animal respondió a todas las esperanzas y las superó a veces. Acometía con noble ferozidad, daba luz y alegría a las faenas; era una embriaguez, era un pasmo...

Y así se pasó la tarde entera, casi en un vuelo, hasta que aquel sol que se metía por los ojos y por la boca y por las narices como una espuma fuerte y olorosa, se fué borrando del cielo y apagando en luz de luna su brasa candente, y los mozueros, derrengados de gozosa fatiga, se dieron cuenta de que por los caminos avanzaba ya hacia el Matadero el señor Guerra y su cinturón de correa.

—¡Muchachos, qué vaca!

Justamente, la vieja res había considerado echarse en un rincón del corral. La fatiga de aquellas interminables faenas en que los «diestros» se habían regalado con todas las filigranas de sus variados repertorios, la habían destrozado de cansancio. Sus remos enfermos no podían sostenerla en pie...

Entonces, entonces comenzaron las verdaderas fatigas. Ni capotazos, ni coleos, ni gritos, ni patadas, ni pinchazos; nada podía hacer que se levantase el animal..., y la noche volaba... y ya creían ver todos la sombra amenazante del llavero en las tapias del corral...

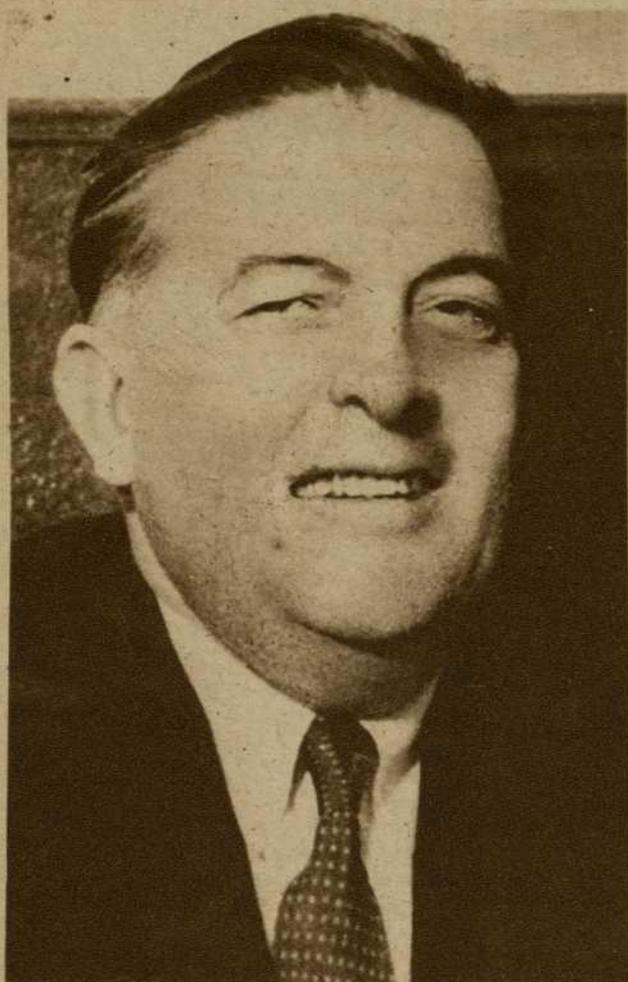
Y, al fin, Guerrita encontró una maroma que al animal le pasaron por los cuernos. Veinte, treinta chavales tiraban de la cuerda, chorreando sudor por todos los poros. La vaca bespreaba de dolor, en una forma que iba soliviantando al vecindario. ¡Terrible algarabía la que conoció el corral del Matadero aquella anocheada!

Por fin, pudo pasarse al patio chico. Iba despellejada, desencuadrada, gemebunda. ¡Triste agonía de un animal bravo, traído hasta allí por su mala fortuna!

Al terminar aquella «faena» se miraron unos a otros, aun las piernas temblonas de un miedo infantil a la correa del señor Guerra:

—¡Muchachos, qué vaca!

Esta es una de tantas historias del Guerra que se referían en los largos crepúsculos del Club Guerrita en la gracia provinciana del paseo del Gran Capitán, medula de la Córdoba torera, y que yo le oí referir a mi padre, a quien siempre hicieron muchísima gracia las «cosas» del Guerra...



«Creo firmemente en la predestinación de los toreros --dice MIGUEL PRIETO-- y no hago caso a los sabios que juzgan prematuras las presentaciones o las alternativas»

«En lo que no creo es en eso de que van a lidiarse toros con peso y más edad»

Miguel Prieto, apoderado, representante taurino cien por cien



Miguel Prieto nos dice al encontrarnos:

—Ya he leído en EL RUEDO su charla con Becerra.

—Y qué, ¿estamos de acuerdo?

—En lo del peso de los toros, no.

—Pues... ¡vengan razones...!

—Las razones son muy sencillas: el ganadero, sobre todo

el salmantino, ha descubierto una faceta que antes era desconocida; se ha convertido en negociante.

—Eso hay que explicarlo...

—¡Si se lo voy a explicar...! Y, además, sin molestia ni ofensa para nadie.

Y Miguel Prieto, apoderado, representante de ganaderías y empresas, taurino cien por cien, abre la espita de sus argumentos:

—Escuche usted: toda la vida, el ser criador de reses bravas ha sido, no solamente un lujo, sino un lujo caro. Podían permitírselo y se lo permitían los grandes señores, que eran también grandes aficionados: Veragua, Osuna, Tovar, Villamarta, Concha y Sierra, Saltillo, Murube, Pablo Romero, Miura... Pero empezó a pagarse caro el toro y comenzó a venderse sin selección, y... ya tiene usted convertida en negocio la afición a la ganadería...

—Bueno, pero... datos concretos...

—Ahí van: una corrida de toros está vendiéndose de 45 a 60.000 pesetas. Con ese dinero hay margen para darle pienso a las reses, ¿no? ¡Pues no se lo dan...!

—¿Y no tendrán la culpa los toreros, que prefieren quizá el toro chico...?

—No, señor. Esa es una creencia falsa y hay que acabar con ella. El público, cuando ve que en la plaza se cae un toro o se agota con dos puyazos, le echa la culpa a los tore-

ros porque cree que los han elegido ellos así. Y vea usted la verdad del asunto: Yo voy con frecuencia al campo a elegir corridas y puedo asegurarle dos cosas: primero, que es preciso elegir *de lo que hay*, y lo que hay es chico y flojo. Segundo, que eso de que escogemos con el peso y el metro... Ni así se puede elegir, ni ha habido nunca en el toro arriba de uno o dos que puedan elegir lo que torear.

—¿Y en el campo no hay toros de peso y de trapío?

—No, señor. El ganadero, que viene a vender cada toro a un promedio de 10.000 pesetas, sabe bien que si de ellas destina 2.000 a darle seis meses pienso, pone a la res en los 260 kilos. Pero no lo hace porque es más bonito llevarse las 10.000 pesetas.

—Decían que no había piensos...

—¡Vaya si los hay...! Empezando porque casi todos los ganaderos son agricultores y los tienen ellos mismos, sin necesidad de comprarlos.

—¿Podría demostrarse eso?

—Con un ejemplo muy sencillo. Casi todos tienen cochinos en sus dehesas, ¿no? Pues vea cómo los engordan, porque ese animal se paga por arrobas. ¿Está claro? ¡Que se pagaran por el peso los toros y ya vería usted...!

—Entonces, el año que viene...

—Seguirá chico el toro, mientras el público lo aguante o se corte el abuso.

Hacemos punto en el tema de los toros porque el torero exige un párrafo en la charla:

—¿Ha sido usted torero, Prieto?

—No, señor. He sido y soy, menos torero, cuanto se pueda ser en el toro: aficionado, mozo de espadas, apoderado, representante de empresas y ganaderías, empresario, tratante en reses y en caballos, crítico taurino...

—¿Crítica también?

—Sí, señor. En una revista que se titulaba *Seda y Oro*.

—Y como crítico, ¿qué tal ve el torero?

—Ahora se torea muy bien. Antes, las faenas eran más rudimentarias; pero hoy una faena ha de ser perfecta y no tener ni un bache para que produzca el entusiasmo.

—Entonces, ¿los toreros de ahora superan a los de otras épocas?

—No en todo. A Joselito y a Belmonte no se les ha superado todavía ni igualado tampoco. A Belmonte no ha habido espectador que le pudiese ver sentado cuatro muletazos. ¡Aquello levantaba las plazas y nadie, NADIE, ha vuelto a hacerlo todavía!

—¿No son muy jóvenes, poco cuajados, los toreros de ahora?

—Eso... eso, no...! Yo creo firmemente en dos cosas: en la predestinación de los toreros y en que eso de si son o no prematuras las presentaciones o las alternativas es una paparrucha. Hay torero que a las cuatro novilladas está para la alternativa, y hay quien no lo está nunca. Eso no es cosa de años, sino de intuición para *ver* el toro y de valor para *ejecutarlo*.

Hemos hecho un silencio, y este paréntesis nos trae la pregunta:

—¿Qué hacen ustedes, los apoderados, en invierno?

—Yo, los primeros meses me dedico a mis asuntos particulares. Desde enero ya comienzo a planear la temporada para mis toreros.

—¿Cómo se hace eso?

—Preparando la publicidad, estableciendo contacto con las empresas, sosteniendo conferencias y comunicación postal...

—¿Gana mucho un apoderado?

—Ahora, sí. Percibimos del 5 al 8 por 100 del ingreso total del torero, y si éste es bueno... ¿No ve usted que ahora un matador de tercera fila cobra más que cobraba Joselito?

—¿Da mucho trabajo hacerles las fechas a los espadas?

—Si es bueno, las corridas vienen solas. ¡Como no le guste al público, ya puede el apoderado deshacerse trabajando, que no le ajustará ni una...!

—Entonces el apoderado, ¿qué hace?

—Guiar al torero, representarlo; si los dos se comen se puede hacer mucho...

Y para terminar la charla, despidiéndonos va, hacemos a Prieto la pregunta última:

—Y de los mejicanos, ¿qué...?

—¿De los mejicanos? Que le han dado al torero velocidad y movilidad y que el año que viene continuarán lo mismo. ¿Estamos de acuerdo?

—Completamente...



SE HAN REUNIDO EN MADRID TODOS LOS EMPRESARIOS DE LAS PLAZAS DE TOROS

Formarán un grupo con carnet de identidad, tendrán carácter de profesionales y no habrá intrusos ni insolventes en el negocio taurino

JUANITO CORTÉS da su opinión sobre el peso de las reses de lidia

Con Juanito Cortés no hay medio de poder hablar en serio. Cuando me quejo y se lo digo, me interrumpe:

—Háblame de un negocio que yo vea claro y verás qué serio te hablo.

Y es que ha nacido así, y así tiene que ser mientras el cuerpo le haga sombra.

Su carácter nos lo pinta esta anécdota: Cuando Pérez Lugín escribió su *Curruto de la Cruz*, como ya entonces era Juanito célebre, le aludió en la novela. Y en aquel episodio en que Curruto se acerca a Villa Rosa a ver a Romerita, éste le dice desdenosamente: «Despacha pronto, que tengo prisa. ¿Qué quieres? ¿Que te dé una corria? Ahora le hablaré a Juanito Cortés, el empresario de Málaga, que está ahí dentro con unas mujeres, y se la pediré...»

Don Pío le dedicó la novela a Juanito, y éste la dió a leer a su mujer. ¡La que se armó...!

Y Juanito remató aquella escena diciéndole a su esposa:

—¿Pero tú no sabes cuánto mentimos los periodistas?—Juanito es periodista, y de punta, como se dice por allá abajo—.

¡Hombre, si eso lo ha escrito Don Pío por decir algo...! ¡Precisamente esa vez no estuve más que en reuniones de amigos...!

Y a los que le preguntábamos cuál era esa vez, ya que se trataba de un episodio de novela, nos contestaba:

—¡Cualquiera sabe...! Pero, ¿no vas a darle a tu mujer una salida en estos casos...?

Pues eso, una salida, tiene Juanito para cada pregunta. Cuando nos vimos, tras el abrazo de antiguos amigos, quise indagar las causas de su estancia en Madrid:

—¡Pehs! Mira. A una de las muchas reuniones que desde hace veinte años se vienen celebrando por los empresarios de toros.

—Pero algo interesante se habrá hecho.

—Esta vez, sí. Hemos llegado al establecimiento de una especie de escalafón de empresarios. De ahora en adelante ya no lo podrá ser el primero que venga con dinero y por satisfacer un gusto de momento.

—¿Qué acuerdos se adoptaron?

—Crear la categoría de empresario profesional con tarjeta acreditativa de tal.

—¿Y los intrusos...?

—Desaparecen los intrusos y los insolventes. Desde ahora, el señor que quiera organizar una corrida se llamará empresario ocasional, y habrá de ser presentado por dos profesionales. Además, la garantía del empresario efectivo de la Plaza donde se vaya a dar la corrida, o la del propietario del inmueble, responderá de que no se deja sin atender ni una sola de las obligaciones de tipo económico.

—¿Asististeis muchos...?

—Menos Barcelona y Granada, todos.

Y como asoma el chiste a los labios de Juanito, cambiamos el diálogo.

—Y de esos trusts que se anuncian, ¿qué?

—Eso lo ha habido siempre. Antes de comenzar la temporada, todo son alianzas, trusts, convenios... Luego sale el toro y no queda de pie más que lo sólido, lo que vale.

—¿Y lo que vale...?

—Es arrimarse mucho y torear muy bien. El que haga eso, torea con trusts y sin ellos. El que no vale no torea, porque el público paga mucho por la entrada y no se conforma con ver una figura en el cartel. Quiere que sean buenos los tres.

—Y tú, empresario, ¿reconoces que las entradas están caras?

—¡Naturalmente...! Y que con esos precios ganamos menos que antes. Mira. El año 1923, en la corrida en que yo rifé aquella casa que tú conoces de Málaga, puse las entradas a 2 pesetas sol y 3,50 sombra. Pues con todos los gastos de la corrida y el precio de la casa, gané limpias 28.000 pesetas.

—Y en esta feria, ¿qué habéis ganado?

Juanito se sonríe con Manolo Estévez, y me dice:

—¡Hombre!... ¡Lo que te he contado es de hace más de veinte años!... Si para cuando pasen otros tantos me preguntas lo de esta feria... te lo diré.

Hablamos un rato de Málaga la Bella. Juanito, con Félix Alvares y Manolo Estévez, rige los destinos taurómicos de esa Plaza de la Malagueta, a la que se asoma, curioso, el castillo de Gibralfaro. En Málaga se celebró el primer mano a mano de Gallito y Belmonte; allí se consagraron muchas figuras del toreo; allí se hicieron Cayetano Ordóñez, Paco Madrid, Carnicerito, Joséito Manteca...

Juanito Cortés, supersticioso y gitano, me dice:

—Todos los años, sin dejar uno, torebaba Joséito en Málaga la corrida del Corpus. El 1920 no lo hizo y firmó con la Empresa de Granada. ¡Y ya ves lo que pasó ese año!... Que no la toreó en ningún sitio porque antes vino lo de Talavera!...

Y como está candente lo del peso del toro, Juanito agrega:

—¡Ya ves!... Un toro chico fué...

—¿Eres tú partidario del toro chico?

—¿No sabes tú que no? ¿No recuerdas que todos los años nos mandan Villamarta y Pablo Romero dos corridas de peso?

—Oye, ¿qué influencia o qué participación tenéis los empresarios en el peso y en la edad del toro?

—Ab-so-lu-ta-men-te ninguna. Nosotros compramos al amparo de las disposiciones vigentes, y luego... la báscula dice la verdad y la autoridad sanciona. Nosotros pedimos seis toros y eso creemos que nos mandan.

—Pero, ¿no procuráis que sean chicos para que no los rechace el torero?

—Puedo afirmarte que en Málaga los ases no han exigido todavía ni divisa, ni tamaño, ni peso. ¡Y si ellos no lo exigen y los otros no pueden, vamos a ser nosotros más papistas que el papa?

—Entonces, si ni toreros ni empresarios tenéis la culpa...

Juanito se sonríe y dice:

—Quedan los ganaderos todavía. ¿Les has preguntado?



En las fotos: Cuatro momentos de Juanito Cortés



Tres momentos de la confección del traje de luces



La oficiala terminando unas hombreras, que luego lucirán, arosas, sobre los hombros del matador, en la Plaza de Toros

Cinco mil pesetas cuesta un traje de luces Su duración no pasa de diez a doce corridas



¿Qué extraña influencia e ignorado genio coincidieron en la concepción del traje de luces, que desde hace más de un siglo constituye el uniforme incómodo y refulgente de los toreros? Nadie lo sabe. Tal vez en su trazado y corte se imitasen las modas

masculinas de aquel tiempo; probablemente, tal o cual adorno—postizos de oro y plata sobre el raso de seda—sean recuerdos de los que sobre sus casacas lujosas lucían los caballeros elegantes en la segunda mitad del siglo XVIII... En cambio, es indudable que fué la fantasía, al margen de cualquier otra ley del buen y cómodo vestir, la que convirtió el viejo traje de ante de los toreadores, que nos describe la *Cartilla de torear* de la biblioteca de Osuna, en el terno de luces que, recargado de bordados y adornos, visten los toreros desde Francisco Montes a nuestros días.

Antes de Montes, existen muchos testimonios gráficos—grabados, cuadros, etc.—que permiten estudiar la evolución del traje de torear. Así, en el retrato de Costillares hecho por don Juan de la Cruz se aprecian ya elementos decorativos (hombreras, bocamangas bordadas...) que anuncian el deseo de añadir al riesgo de la fiesta una nota de distinción y elegancia en el vestido del espada. Pero fué Francisco Montes quien, hace más de un siglo, introdujo definitivamente los adornos de oro, plata y seda, que con diversas modificaciones se conservan en el traje actual. En el grabado del gran torero de Chiclana, original de José Bécquer, se ve que el traje de luces camina ya hacia su más moderna expresión: chaquetilla corta, recargada de alamares y caireles, con hombreras de gruesos bordados; chaleco con adornos, faja y taleguilla

ajustadas y cerradas por debajo de las rodillas. Exactamente las mismas prendas del traje actual.

¿Cómo se hace un traje de luces?

En Sevilla, no lejos de la Alameda de Hércules—uno de los tres barrios toreros de la ciudad—, hay un taller, que rige la amable maestría de Antonio R. Manfredi, del que salen todos los años de sesenta a setenta trajes de torero. El trabajo, que en algunos meses ocupa a medio centenar de muchachas, se desarrolla en un ambiente artesano y cordial, heredado de mejores tiempos. El abuelo de Antoñito Manfredi—el maestro anda alrededor del medio siglo, pero no ha perdido todavía el diminutivo, para sus numerosos amigos—tenía hace muchos años un taller de cordonería, en el que se fabricaba la guarnición del traje de luces. Andando el tiempo, aquel negocio incipiente trajo de la mano la sastrería. Y cuando Antoñito, de vuelta de su primer desengaño taurino—quiso ser torero, pero no lo consiguió—, se dispuso a trabajar en una profesión menos arriesgada, se hizo cargo del taller... Y ahí está, jovial, simpático y amigo de medio mundo, convertido, entre caireles y alamares, en una especie de sastrero mágico...

—Yo, en realidad—nos dice—, no soy sastrero... Es verdad que corto los trajes; pero me valgo de patrones y mañas ajenas a una buena técnica, y que son "mi secreto profesional".

—Sin embargo...

—Sí... No puedo quejarme. Casi todos los toreros españoles se visten en mi casa, y la mayoría de las primeras figuras mejicanas, también.

—¿También?

—Sí, señor. Yo les hago trajes todos los años a Silverio Pérez, a Armillita, a Carlos Arruza... Hace unos días le envié cuatro a Silverio. A Carlos Arruza le hice el primer terno sin tomarle medidas. Su madre estuvo en casa y se llevó uno de Armillita. Al poco tiempo me escribió encargándome uno para



Sobre el cuerpo de la chaquetilla se cosen las mangas, y después se colocan las hombreras. (Fots. Luis Arenas.)



Tres momentos de la prueba



Desde FRANCISCO MONTES, el "terno" de torero ha variado poco Chaquetilla recargada de alamares y caireles, hombreras de gruesos bordados

Carlos. "Que tenga las mangas dos dedos más cortas —me decía— y el cuerpo un poco más estrecho." Así comencé a trabajarle. El primer traje que le hice a la medida fué el salmón y plata que llevaba el día que triunfó en Madrid.

—¿Tienen algunas preferencias los toreros actuales?

—Antes de la guerra preferían los colores pálidos; ahora la escasez obliga a usar los tonos antiguos y simples: grana, verde y azul. A Belmonte le gustaron siempre los colores oscuros. El verde siempre contó—creo que desde la grave cogida de Reverte— con la enemistad de los matadores...

—¿Y los mejicanos?

—No tienen predilección por ningún color. En cambio, sí les gusta el alamar llamado de mariposa, y además, quieren la ropa ajustada, porque pesa menos.

—¿Es costumbre que los toreros se prueben sus trajes antes de estrenarlos?

—Pocas veces. El Niño de la Palma, en cambio, se los probaba siempre. Recuerdo un año que toreó en Sevilla cinco corridas de feria y en cada una estrenó un traje. La víspera vino a casa y, uno tras otro, se probó los cinco... Pepe Luis Vázquez se prueba también los ternos antes de estrenarlos.

—¿Qué proceso se sigue para la confección de un traje de luces?

—En primer lugar, se corta un molde del traje en tela blanca, que es el que se prueba al torero y en el que se comprueba la exactitud de las medidas. Sobre ese molde "se arma" el traje de raso. La chaquetilla se borda en trozos—las mangas, la espalda, los delanteros...—y se unen, utilizando una entretela especial que da cuerpo a la prenda. Después se van colocando los alamares—que son cincuenta y uno o sesenta y uno y tienen formas y nombres diversos (de mariposas, de hojas de trébol, de redondillos, de piedras largas, etc.)—, y, por último, las hombreras. Sobre las taleguillas, que se cortan en punto de seda, se colocan las bandas bordadas.

—¿Hay dificultades para obtener la materia prima?

—El raso de seda se fabrica en España... Pero el oro y la plata de los bordados vienen de Francia, de las sederías de Lyon. Por eso hay actualmente ciertas dificultades para su importación.

—¿Cuánto cuesta un traje de torero?

—Alrededor de cinco mil pesetas, y su duración, en el mejor de los casos, es decir, cuando los toros respetan "su integridad", no pasa más allá de las diez o doce corridas. El equipo completo de un torero—añadiendo al traje el capote de paseo, la montera, la faja, las zapatillas, etc.—suma cerca de doce mil pesetas.

—¿Hizo usted algún traje de luces para actividad ajena a la fiesta?

—El año pasado, con ocasión de la fiesta que ofreció en el palacio de las Dueñas el duque de Alba para celebrar la puesta de largo de su hija la duquesita de Montoro, hice para una dama de la aristocracia una chaquetilla torera, que lució como complemento de su traje de noche. Recibí por ese trabajo, ajeno "a lo mío", muchas felicitaciones. También hice un traje completo de torero a una bailarina inglesa—Delis Rohrs—que estuvo en Sevilla el año 1936 y aprendió a bailar flamenco en casa de Realito...

Antoñito Manfredi interrumpe la charla para acudir a una llamada del taller. Le acompañamos. En una de las dependencias de la casa cuelgan del techo diez o doce trajes de apagadas luces...

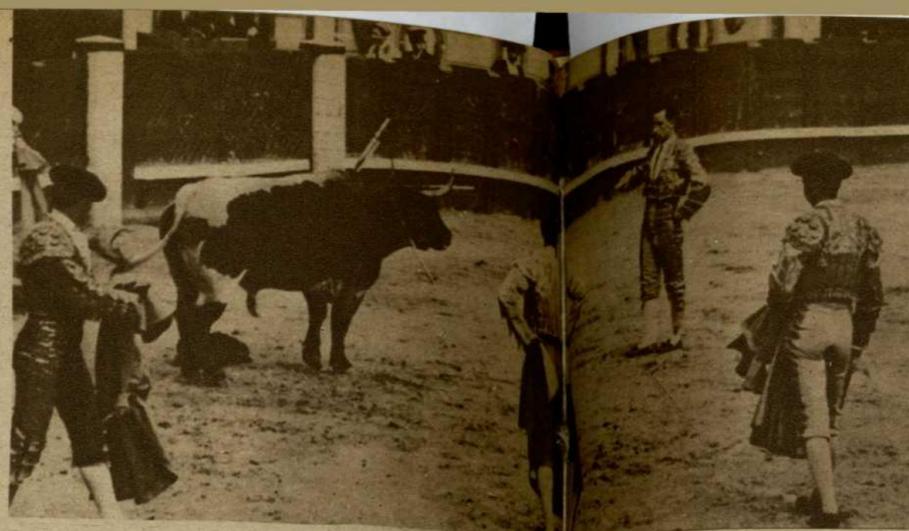
—Son—nos dice Antoñito—los ternos que arrendamos a los "modestos"... Todos acuden a probárselos con grandes ilusiones. Después, la triste realidad les convence bien pronto de la dificultad que acompaña a la fiesta. Yo sé muy bien lo que es eso...

Y hay un cierto dejo de amargura en las palabras del sastre que quiso ser torero...

FRANCISCO NARBONA



Saleri II brindando la muerte de su toro a Vicente Pastor, compañero en la misma corrida



¡Mejía en todo lo alto! Vicente Pastor viendo morir a un toro en la Plaza de Madrid, después de una gran faena

HISTORIA TAURINA DE VICENTE PASTOR

Unas palabras de Vicente.—La cuadrilla de Jóvenes Barceloneses.—Una carta del Chico de la Blusa.—¡Se acabaron los viajes! De Barcelona a novillero.—Desde Carabanchel Alto a Madrid.—Algunos sucesos del año 1898.—La lucha «camama» de un elefante con un toro.

—¿Entonces lo del hallazgo del billete de cien pesetas?

—Un hecho cierto; pero una distinta aplicación. Aquel providencial encuentro sirvió para enterrar a una hermanita, porque el vivir de nuestra casa se desarrollaba, como trabajadores, dentro de un modestísimo círculo.

—Y nada más—terminó diciéndonos—. Cuando tengas alguna duda o desees algún detalle no conocido con mi vida taurina relacionado, ya sabes dónde vivo: Embajadores, 7.

—Ya lo sé. Hay ascensor.

—Sí; ¡pero ahora, con restricción eléctrica!

Fué durante muchos años en Barcelona don Mariano Armengol y Castañé un inteligente aficionado que constantemente se desvió laborando en pro del espectáculo más nacional.

Había nacido en la casa-administración de la Plaza de toros vieja de la Barceloneta, y como el autor de sus días, se dedicó a escribir de toros, popularizando el seudónimo de Verdugo.

Llevaba, por consiguiente, en la masa sanguínea una destimada afición a todo lo relacionado con la fiesta brava; y no contento con organizar, en 1894, una cuadrilla de Jóvenes Barceloneses, al siguiente fundó otra, femenina, con el nombre de Señoritas Toreras, en que figuraron como matadoras y se hicieron célebres Dolores Pretel (Lolita) y Angela Pagés (Angelita), cuadrilla que recorrió triunfalmente las principales plazas españolas y muchas de América.

Enseñó Armengol tan bien a torrear a las jóvenes, que en una ocasión fueron felicitadas por Rafael Molina (Lagartijo) porque las vio ejecutar suertes como la de la verónica citando de frente y teniendo el capote cogido por detrás, que las muchachas, por su edad, no llegaron a ver en Plaza alguna.

En los albores del año 1896 tuvo conocimiento El Chico de la Blusa de que en la cuadrilla de los barceloneses jóvenes, de la que eran jefes El Patata y Mellaito, había sido baja el primero, y ni corto ni perezoso, dirigió una carta al señor Armengol ofreciéndose para ocupar el puesto vacante.

El ofrecimiento fué aceptado, y en la formación roletuda barcelonesa quedó incorporado el que había nacido en el madrileño distrito de la Inclusa.

Los Jóvenes Barceloneses torrearón dicho citado último año las siguientes corridas: 16 y 24 de mayo en Barcelona y Palma de Mallorca, reses de Melitón Catalán, en la primera, y de Flores en la segunda; el 2 y 23 de agosto en San Sebastián y Tarragona, astados de Gregorio Martínez y de J. Piño, respectivamente; 23 de septiembre en Valladolid, cornipetas de Pedrajas, y el 4 de octubre, en Barcelona, astados de Flores.

En las cinco primeras corridas actuaron también, por separado, Lolita y Angelita, y en la última lo hicieron solos los muchachos.

Seis corridas, en las que Vicente despachó siete uteros, haciéndolo por primera vez en su vida largos viajes en ferrocarril.

visitando de mar, adentrándose por el Mediterráneo y por aplaudido en la mayoría de sus actuaciones.

Pero en el año 1897 todos aquellos viajes bajaron de categoría y reducidos a otros más cortos y modestos, en que la tradición animal jugaba el principal papel.

Ya en el pueblo de Carabanchel Bajo venían celebrándose novillos más o menos torreados con anterioridad en la Plaza de madera construida, si mi memoria no es falta, en la calle de Alejandro Sánchez, de la que era propietario Francisco Romero, un rico comerciante carabanchelano más tarde presidente de la Diputación Provincial, y a la que más adelante me ocuparé con mayor extensión.

A los novillos al comercio del inmediato pueblo de Carabanchel, que en el aspecto taumático, y, alentados por el jefe de Leganés don Eleuterio Durán, se construyeron, similar a la de Romero, a la entrada del pueblo, a la parte izquierda de la carretera.

No en el caso de las dos era la preferida por la Susana de Leganés en su famoso cantable del célebre sainete de la Vega y Bretón, con su mantón de Manila y su pañuelo, que amenazaba a Julián con ir a los toros. Lo que me asegura es que con la presencia del Chico de la Blusa Alto quitaba muchos «parroquianos» a la del Bajo.

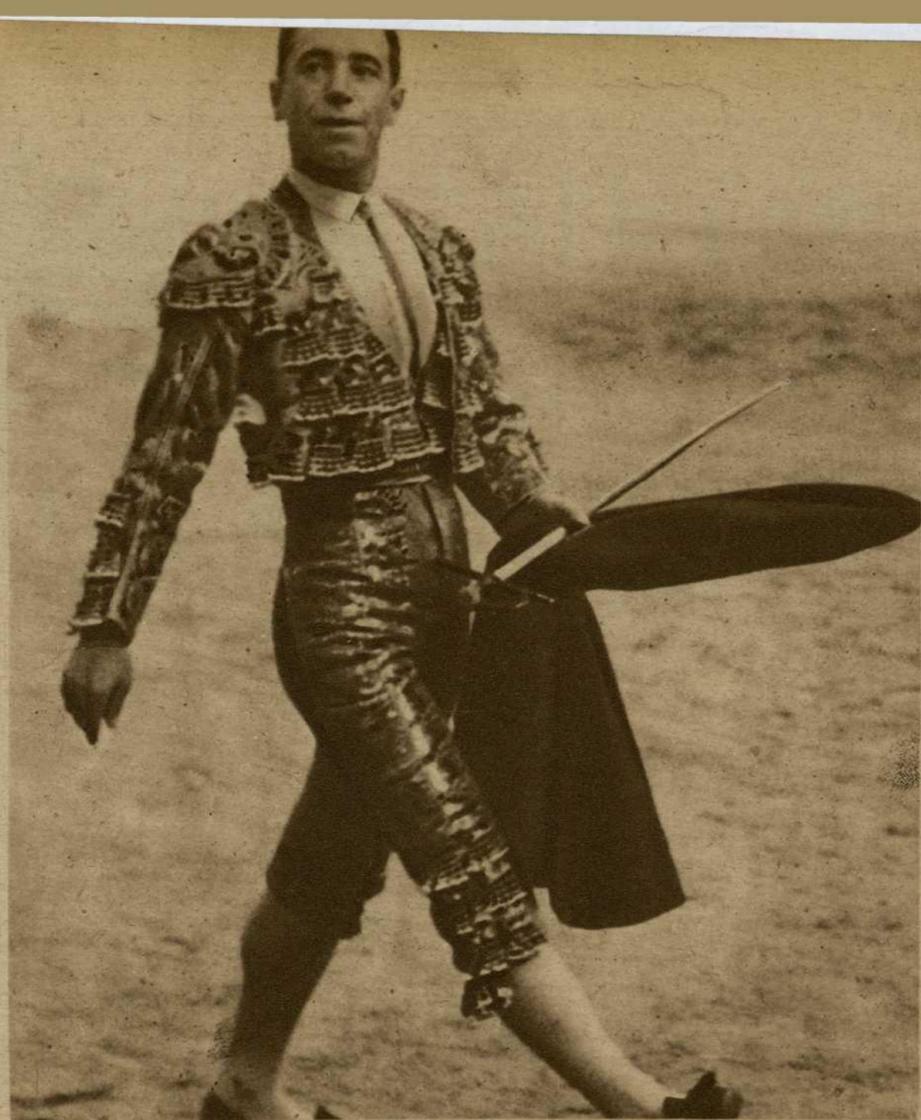
De las corridas torreadas por Vicente en 1897, cinco lo fueron en Carabanchel como en las siguientes fechas: 8, 14, 21 de septiembre y 10 de octubre.

Es la excepción de la primera, que se lidiaron novillos, las reses corridas pertenecían a don Eleuterio.

Este tipo de espectáculos era la prueba más elocuente de los toreros del Chico, y todos los domingos de los aficionados de la capital volcábase en Carabanchel Alto, en los que no lo hacían a pie, el único medio de transporte que entonces existía: el tranvía, arrastrado por los caballos, correspondiente a cuencas cuando la pendiente de la calle no se lo requería.

De las corridas carabanchelanas corridas en las que recuerdo haber actuado entre otros novilleros Eduardo Albasán (Borja) y Manuel Fernández (El Pella), abrió el paréntesis Pastor el 25 de julio en Talavera de la Reina, en unión de Juan Antonio Mejía, cuatro reses que mataron sólo cuatro caballos, según he leído en la prensa de aquella época, corrándolas con la verificada excepción de la que se lidiaron novillos de un tal Bejas, y el 4 de octubre, en Barcelona, astados de Flores.

En las cinco primeras corridas actuaron también, por separado, Lolita y Angelita, y en la última lo hicieron solos los muchachos.



Nada menos que el "Soldado Romano", o lo que es lo mismo, Vicente, dando la vuelta al ruedo

Por diferentes hechos no dejó de ser interesante en Madrid, taurinamente considerado, el año 1898. Ya en los principios de él, la muerte del popular novillero Francisco Piñero Gavira, como consecuencia de un altercado sostenido con un agente de la autoridad, conmovió hondamente a la opinión pública.

Poco después, el 8 de marzo, fallecía en el domicilio de su hijo político, el doctor Porras, el famoso lidiador Salvador Sánchez (Frascuolo), llenando de consternación a los aficionados.

La corrida patriótica celebrada el 12 de mayo con la asistencia de Lagartijo el Grande, que fué objeto de delirantes ovaciones cuando se presentó en un palco y en la que gratuitamente actuaron Luis Mazzantini, Valentín Martín, Guerrita, Torerito, Lagartijillo, Minuto, Reverte, Fuentes, Emilio Bombita y Nicanor Villa (Villita), siendo regalados por los ganaderos los toros lidiados, y la presentación el 8 de septiembre de los jóvenes cordobeses Machaquito y Lagartijo Chico, con seis buenos mozos del duque de Veragua, fueron sucesos que acapararon el interés de los aficionados madrileños.

Año en el que cesó como empresario el célebre Bartolo, quien tenía arrendada la Plaza, durante la temporada invernal hasta el mes de marzo, a una Empresa particular.

Y en ese año precisamente, sin bombos ni alharacas, modestamente, en primer lugar porque Vicente, siempre sencillo, no se consideraba con la categoría necesaria para hacerlo de otra manera, se presentó ante sus paisanos como matador de novillos en la mezquita taurófila de la carretera de Aragón.

Diecinueve años de edad tenía Vicente y aun continuaba trabajando en el taller de la calle de Mendizábal.

Cuarenta y seis han transcurrido y al contemplar hoy de mi morada la puerta llamada de cuadrillas del desaparecido inmueble, único vestigio que aun se mantiene en pie del inolvidable palenque, recuerdo perfectamente la fecha del 13 de febrero y cuanto en ella aconteció con motivo del debut del Chico de la Blusa.

Novillada famosa en la que un vetusto paquidermo sacado de la casa de fieras del Parque de Madrid fué enfrentado con un bravo toro, constituyendo la «lucha» una de las mayores scamamas que ustedes pueden imaginarse.

DON JUSTO

En este momento Vicente Pastor quien, de una manera incidental y por mi conducto, se pone hora en comunicación con los lectores de EL RUEDO.

Le hemos hallado casualmente cuando salía del Circolo de Bellas Artes.

—Ya he leído—nos dice—el primer capítulo de mi taurina historia.

No está mal—continúa—; pero contiene unas pequeñas inexactitudes que es conveniente rectifiques.

—Pero, ¿afectan al fondo del reportaje?—le preguntamos.

—No. Se trata sencillamente de algún detalle en el que no sólo tú, sino otros escritores, incurrieron en error. Y como se trata de una historia—prosigue—y no de una novela, es conveniente que queden bien colocados los puntos sobre las íes.

—Pues soy todo oídos.

—Escucha. Nací en la calle y número que tú has dicho, pero no el 30 de enero, sino el 31, siendo bautizado en la iglesia de San Cayetano, nuestra iglesia de la calle de Embajadores, al siguiente día 2 de febrero, siendo mis padrinos Vicente Garrido y Bonifacia Antón.

—Muy bien. Adelante.

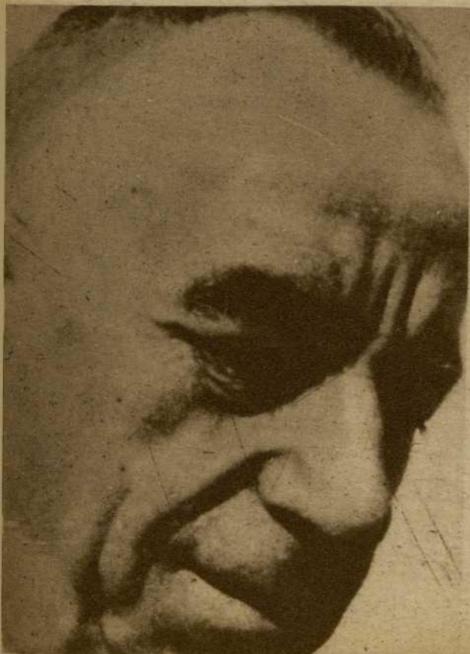
—Antes de ser aprendiz de guarnecedor de coches lo fui de carpintero y zapatero, después de recibir instrucción primaria en el colegio municipal de la calle de Rodas, y más tarde en las Escuelas Pías, de la del Tribulete.

—Pero, ¿la primera vez que presenciaste una corrida, lanzándote al ruedo para ponerte delante de un embudo?

—Fué aquella tarde en que, haciendo «novillos», dejé de asistir al Patronato. Me encontraba jugando con otros muchachos en el salón del Prado, vi pasar un coche con los toreros camino de la Plaza y me acoplé a la trasera del carruaje, llegando así hasta el circo taurino.

No tenía ni un céntimo para penetrar en él; observé cómo otros chicos, gateando por los muros del edificio, lo hacían, y yo acabé por lo mismo, exponiéndome a estrellarme.

—Cuando ya me vi dentro de la Plaza, ya iba la lidia por el cuarto toro, quedándome deslumbrado no sólo ante el magnífico espectáculo, sino con lo que hacían los toreros con las reses.



ENTREMES EN DOS CUADROS

"BORRON Y RATERO"

Por JOSE CARLOS DE LUNA

BORRON.—Utrero adelantado, con pocas defensas y treinta arrobas. Negro.

RATERO.—Cinqueño, bien puesto de pitones, hondo y largo, sacudido de carnes, aunque tire de las cuarenta y ocho arrobas muy corridas. Cárdeno. Chocreo en berdugo.

EL APODERADO.—Hombre de edad indefinida, pulido de atuendo, al que caracterizan grandes gafas verdes: bota y paqueño sombrero verde aceituna.

DON FULANO.—Un racionista cualquiera.

ZAGAL.—Cualquier muchachote basto que sepa medio cantar sevillanas.

TRES O CUATRO comparsas, **CUATRO UTRERILLOS** y **UNA BURRA HATERA**, que no hablan.

PRIMER CUADRO

La escena representa un cerrado en Andalucía la baja. En primer término izquierda, espaciados, unos pilones de piedra que sirven de pesabreos y otro mayor que hace de abrevadero, junto a un pozanco, con cubo y cigüeñal, practicable. En primer término derecha, **BORRON** y **RATERO**, echados, ruman pausadamente. En último término los cuatro utrerillos despuntan la hierba húmeda de rocío. Casi al filo de candelillas correrá una alambrada con portillo practicable a la izquierda.

Son las primeras horas de una mañana de mayo.

Izquierda y derecha, las de los toros.

Al levantarse el telón se oír lejales contar por sevillanas.

BORRON.—¡Ya es hora! Creí que se habían olvidado de nosotros.

RATERO.—Ya conoces lo pelmazco que es el aporador de «La Alberquilla». Cuando aquí nos trajeron para engordarnos...

BORRON.—¡Ja, ja, ja! ¡Para engordarnos!... Me van a matar sin conocer a qué soban los habos.

RATERO.—Mira, Borron: yo te llevo un año justo. Y un año, ya sabes que entre nosotros, los toros de lidia, supone una eternidad. No quieres darte cuenta de que las habas valen un sentido... y que meten carne demasiado aprisa... ¡muchas vitaminas y mucho fósforo! A mí no me lidiaron el año pasado porque mis cincuenta arrobas corridas, hechas con habos mozarcones, eran un estorbo para contratar a gusto a nuestros matadores, y me quedé compuesto y sin novia.

BORRON.—Además... ¡esos pitonecos!

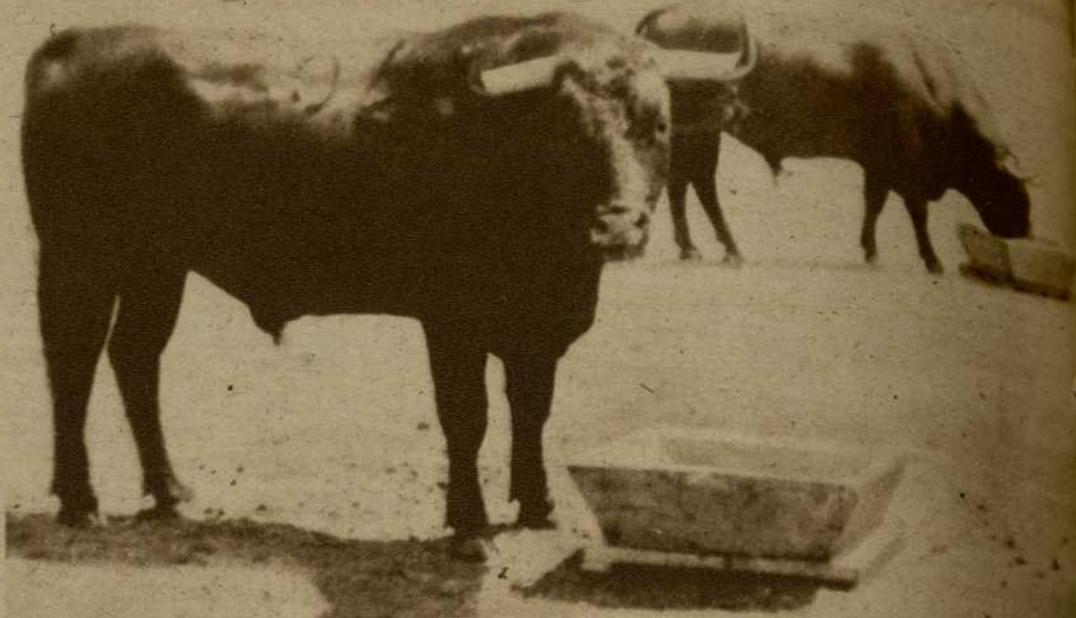
RATERO.—Salí a mi madre, la Ratona... ¡Pobrecilla! Se peñiqueó en una gavia y la apuntillaron en Coripe. Ya lo decía Juan Antonio cuando me tentaron: «¡Es un dolor que tenía tanta leña! ¡Qué semental de bandera, señorito!...» En fin, que me quedé para esta temporada, a régimen de hierbas, y... ¡iva ves!, sólo perdí quince o veinte libras carniceras.

BORRON.—Buen amigo, ya estás vendido, y juntos viajaremos por esos raudos y nos aplaudirán en la misma Plaza.

RATERO.—¡Hombre!... Yo no sé cuáles son tus intenciones.

BORRON.—¡Cumplir como el mejor de los toros nacidos y que me den la vuelta en el arrastre!

RATERO.—Sí...; eso es bonito y divertido, según dice Juan Antonio.



BORRON.—Y si el amo manda a diseccionar mi cabeza, ¡líquidate qué postia!

(Una pausa, durante la que se escuchan muy cerca las sevillanas del ZAGAL.)

¡Arrea, compañero! Ya está ahí ese con el almuerzo. Levántate y separémosnos un trecho de los pilones. Así evitaremos las «pedrás» y ganamos tiempo en el servicio.

(Se levantan los dos toros y caminan lentamente hacia el fondo de la escena, y entra en ella el ZAGAL; abre el portillo de la alambrada y lleva a los pilones ramoneado a la burra, que trae, terciado sobre el aparejo, un costal. Se lo echa al hombro, y sirviéndose de la boca plegada en el puño como espita o vertedero, va repartiendo el contenido en los seis pilones. Luego, con el cigüeñal de pitaco, saca quince o veinte cubos de agua y los va vertiendo en el abrevadero. Siempre canturreando, remata la faena y hace mutis con la burra, después de cerrar el portillo.)

BORRON.—Vamos a lo nuestro, amigo.

RATERO.—Vamos al condumio, compañero.

(Ambos toros se aproximan a los pilones más en primer término.)

BORRON (Señalando y oliendo el pienso).—¡Oye, tú! ¿Qué es esto?...

RATERO.—Aguarda que lo cante.

(Da dos lengüetazos en el pilón y canta con socarronería.)

¡Decidete, hombre! Es afrecho de tercera, y me parece que con unos puñados de arvejones molidos y sal gorda. No está malo.

BORRON.—¡Pero a mí me sienta eso como un tiro! Me da colitis.

RATERO.—¡Mira qué gracioso! Y a mí también. Pero eso... que da no es colitis, sino que hace andar sueltito. ¡No así te mantienes y no engordas... ¡Esta picara hierba es tan nutritiva!

BORRON.—Yo la prefiero... ¡Te lo juro!

RATERO.—Toma... ¡y yo! Pero hay que ser disciplinado. El amo sabe lo que se hace, y a mí me conviene perder muchos kilos. Estoy expuesto a un desaire de los toreros de postín y me daría vergüenza caer en las manos de uno de esos pobretes y que me reanthen en cualquier coblacho.

BORRON.—... Mira, Ratero: yo soy tu amigo y no quiero guardar más tiempo el secreto. Se me pudriría aquí dentro.

(Señalándose con una puzuña por debajo del cuello izquierdo.)

RATERO.—¿Qué pasa?

BORRON.—¡Te acuerdas del día que nos apartaron con esos cuatro becerros?

RATERO.—¡Claro que me acuerdo!

BORRON.—¡Y te acuerdas de aquel señorito de avaricina, con gafas verdes tan grandes como mis orejas y con el sombrero color de zuya seca?

RATERO.—¡Sí, hombre! ¡Acaba!

BORRON.—Pues verás, y esto no es por darme postín. Yo le gusté mucho al de las gafas. Le dijo al amo que estaba muy bien de carnes y que no me diera arno: me miró y miró por los cuatro costados, echándose pipopos, y hasta me tiró un besito con los dedos en piña; arrobó a esos, diciendo que estaban bien, y cuando te lleoó el turno...

RATERO.—Sí... Me di cuenta de que Juan Antonio quiso que me examinaram el último.

BORRON.—Verás: nos achucharon a los cinco; pero yo me hice el remolón y me quedé junto a los hincos, con la gavia por medio. Me quiso parecer que no gustabas a de las gafas.

RATERO.—Yo noté que meneaba la cabeza, mientras le hablaba el amo; pero lo achaqué a las moscas.

BORRON.—Escucha. Luego se vinieron para donde yo estaba y... ¡perdonome la fatuidad!, volvió a pipopearme y a llamarme por mi nombre: ¡Borrón! ¡Mira, miraa! ¡Tocorol!... Me encampané, encarándome con el de las gafas, que dió un salto atrás... Yo tuve que cerrar los ojos porque me deslumbraba el sol...

RATERO.—¿Acabarás de una vez?

BORRON. Se confiaron cuando volví a mi ramoneo en la hierbita tierna, y el de las gafas le dijo al amo: «Esto no es, señor Marqués. Ese toro cárdeno tiene los cinco años muy cumplidos.» Que no, que sí, que patatín, que patatán... «¿Y esos cuernos, hombre? ¡Qué abandonos!...» ¡Y sabes tú lo que le contestó el amo? Que no sabes para qué los tienes; que cuando te tentaron para simiente diste muestras de mucha bravura y de ningún nervio; que te aguantaste al cuarto picotazo del tentador y que ni en una sola de las varas comecaste al jaco, sino que lo topabas como un carnerote; que si no fuera por la crebza te deja para sémilla, porque eres el toro ideal: blando, sin poder, noblite, con presencia de toro y malicia de eralillo.

RATERO.—¡Eso dijo el amo de mí? ¡Maldita sea su estampa! Y para así aguanté oatorce aquíjonazos del burro de «Juanón», que hasta me cayeron gusanos en el buquete! ¡Malas «puñetas» le den! ¡Si no aprende uno nunca! ¡Mira tú qué pena no volver a la plaza y drotacionar a los erales! ¡Te juro que me los pagará! ¡Voy a acabar con «co» la pólvora del mundo, y el ridículo se va a saber hasta en la China!

BORRON.—No te pongas así hombre!

RATERO.—¡No me voy a poner!... ¡Qué renegra es la ingratitud!

CUADRO SEGUNDO

En los corrales de una Plaza de provincia. **RATERO**, triste, flaco y con la cara al suelo, se espanta las moscas, que le hierven en el lomo, con lentos e isócronos colateos. Se abre una puerta, y entre un remolino de sol y dorado polvo, salta **BORRON**. Se cierra aquélla como por arte de birlibirloque. **BORRON** da tres o cuatro cometidas a su propia sombra y va a arrancarse sobre **RATERO**, cuando éste, encampanándose, le dice, con una mueca de ironía despectiva:

RATERO.—¿Qué haces, vaina?

BORRON.—Perdona, hombre, no te había reconocido. Vengo borracho de pipopos.

RATERO.—Sí, ya sé; mejor dicho, me figuro que tú y yo hacemos lote.

BORRON (Con desbordado entusiasmo).—¡Y le hemos tocado al AS de la torería! ¡Eh, Ratero! ¡Qué honor!

RATERO.—(Lo mira de hito en hito y luego vuelve a su triste decaimiento).—¡Vete a hacer gárgaras, mentecato!

BORRON.—Oye, dispénsame... No reparé. ¡Hiciste mal viaje?

RATERO.—Tú verás: cinco días en el cajón, sin comer ni beber, y desde que me desencampanaron, solito en este corral, a régimen de malvas. ¡Ay! He perdido más de cuarenta kilos. Y... oye: tengo colitis. No puedo tenerme en pie, se me doblan las patas de debilidad.

(Asoman por el pretillo de un burladero el de las gafas, tres o cuatro comparsas amigos y don Fulano.)

APODERADO (el de las gafas).—¡Eh, don Fulano! ¡Vaya un lote bonito! Ese cárdeno descaído de pitones de manteca pura. ¡Y que no me costó trabajillo que me lo cediera el Marqués para esta corrida!... Lo quería para semental.

DON FULANO (compungido y casi lloroso).—Mucha cabeza, Paco!... ¡Mucha leña, Paco!... ¡Un toro viejo, Paco!

APODERADO.—Un toro como quieren los antiguos: ¡Grande? ¡Viejo? ¡Con cuernos!... ¡A ver qué dicen de este toro, esos matos aficionados, que todos les parecen monca!

DON FULANO.—¡Mucha cabeza, Paco!... ¡Mucha!...

(Mientras **RATERO**, ifadeando y con un temblor convulsivo en la piel que le espanta todas las moscas, vuelve grupas y da palpables muestras de terrible colitis; va cayendo lentamente el telón.)

Ya a telón corrido y mientras el público se va poniendo los abrigos, todavía se escucha ante el fragor de la traca moya una voz ahuecada y tenebrosa que musita: «¡Mucha cabeza, Paco!... ¡Mucha leña, Paco!...

(No sabemos si es la voz de don Fulano, la del aporador... el eco...)

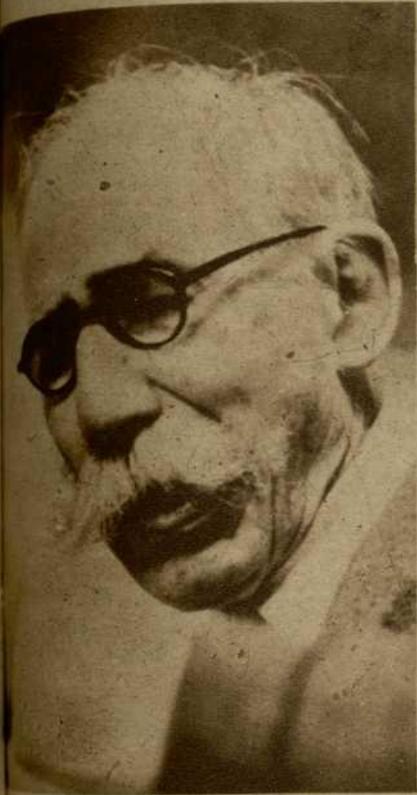


Aficionados
de categoría
y con solera

Don MARIANO BENLLIURE

fué espectador en la
Plaza que se alzaba
junto a la
puerta de Alcalá

Un entusiasta del toro... de ayer



Don Mariano Benlliure está donde está siempre que un compromiso ineludible no le obliga a abandonar su puesto de trabajo: en el Estudio, con esa su pinturera indumentaria—el blando sombrero de tela, los pantalones (¿de ciclista? ¿de jinete?) abotonados hasta la rodilla. A sus ochenta y tres años el maestro, desde temprana hora de la mañana, vive entregado a su arte, ajeno completamente a todo lo que no sea realizar y volver a realizar el prodigio de esas maravillosas esculturas que van tomando forma en sus manos.

La luz del día se va, y don Mariano aun persiste, con la artificial, en su trabajo sin hacer caso de las protestas de su secretarió, José Tallaví. Pero hoy el maestro ha hecho una excepción al saber que queríamos hablar con él de su gran afición: los toros. Y allí mismo, en el Estudio, se ha sentado en la silla más próxima, encantado de poder hablar de lo que es, después de la escultura, su tema predilecto.

AFICIONADO DE TODA LA VIDA

—Bueno, bueno; pero entendámonos... Yo no soy aficionado a los toros, así, en general...

—¿Cómo que no? Pues me habían asegurado...

—¡Nada! Yo soy aficionado al toro, ¿eh?, al toro. ¿Comprende usted la diferencia?

—Espero que sí. Le interesa a usted más el espectáculo que da el toro que el espectáculo que da el torero.

—Eso es! Es usted muy listo, muy listo...

—Don Mariano, por favor, que lo he dicho de buena fe...

—Es que un hombre joven, como usted, es raro que acierte en la cuestión, y es natural, porque no han conocido ustedes otros tiempos taurinos.

—¿Desde cuándo es usted aficionado?

—De toda la vida. Tengo ahora ochenta y tres años. A los nueve ya vi la cogida mortal de Frascuelo, y hasta hice con ella un grupo escultórico.

LA PROTESTA DE TODOS LOS TIEMPOS

—Entonces, si a usted lo que le apasiona son los toros, éstas... «fieras» que salen hoy por los chiqueros...

—Verá usted, verá usted. Lo cierto es que siempre, en todas las épocas, se ha protestado del toro chico. Yo recuerdo cuando se lidiaban en Madrid toros de diez y doce años, y a lo mejor los protestaban porque al «respetable» le parecían poco toros. Eso pasaba en tiempos de Frascuelo.

—Bien; pero...

—Claro que en aquellos días los toros, aun los que eran protestados, eran descomunales comparados con los de hoy. Desde luego, todos pasaban de los cuatrocientos kilos. ¿Y la cornamenta que tenían? ¡Ahí, ahí estaba el asunto! En aquellos cuernos así de largos.

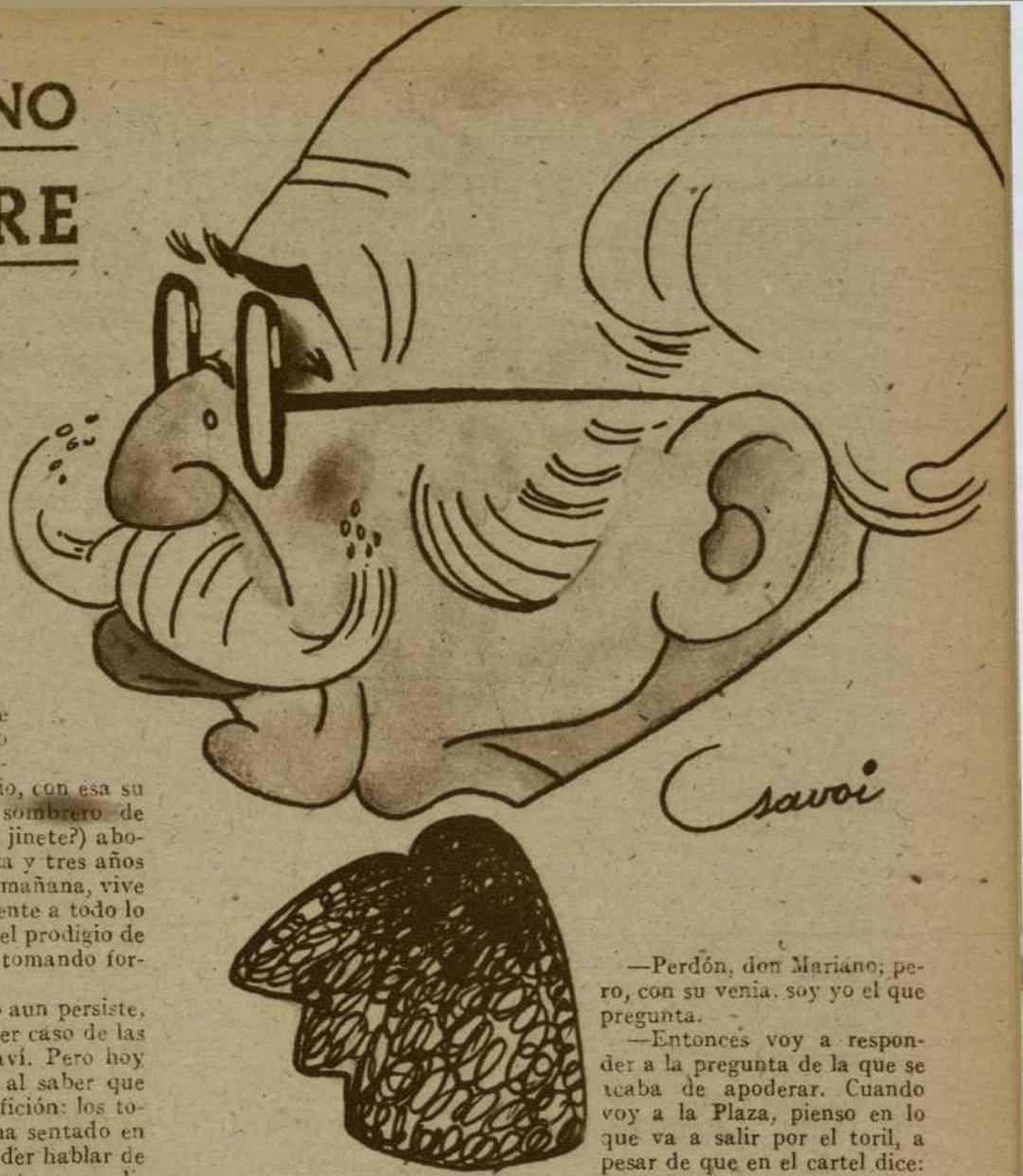
—Eso de los cuernos parece que se ha reducido mucho.

—Como que yo no sé a dónde vamos a ir a parar con tanto cercenamiento. Esta decadencia de la ganadería viene de la escasez de pastos, según dicen; pero de lo que viene también, y esto es lo más seguro, es por cruzar reses de cuerna pequeña. Si ahora añade usted la moda de reducir las puntas todavía más de lo que están, habrá que suponer que dentro de pocos años el toro no tendrá ya en los lados de la cabeza más que las orejas.

SON YA TANTOS AÑOS...!

—Quizá los ganaderos han evolucionado demasiado.

—¡Calle, hombre! El tipo de ganadero por afición, ¿dónde está? Antes que soltar un juguete de los que salen hoy por los toriles hubieran sido capaces de todo. ¿Y qué pasa ahora? Que por negocio le dan salida a todo lo que sea. Y no me diga usted que algunos bichos dan el peso, aunque sea a duras penas, porque tampoco es eso; aunque den el peso, los toros no están hechos. Yo vi uno la temporada pasada que derrotó en un burladero y se rompió un cuerno. Y eso pasa todos los días. Se caen, no tienen fuerza, no hay toro. Y si no hay toro, ¿a qué vamos a la Plaza?



—Perdón, don Mariano; pero, con su venia, soy yo el que pregunta.

—Entonces voy a responder a la pregunta de la que se acaba de apoderar. Cuando voy a la Plaza, pienso en lo que va a salir por el toril, a pesar de que en el cartel dice: «Ocho hermosos toros, ocho».

Y sale lo que yo me temo. Una cucaracha detrás de otra hasta completar las ocho. Los precios son de escándalo. Y a pesar de todo, allí estoy yo. Desengañado, hasta enfadado conmigo mismo por haber ido. Pero allí estoy. ¿Por qué? Reincido porque son ya tantos años de afición...

LA AMISTAD CON LOS TOREROS

—¿Y la suerte de varas?

—Imposible. Eso ya no es suerte, sino una desgracia muy grande para el aficionado y, sobre todo, para el toro. Los picadores antes citaban en corto y sujetaban. Ahora, con el peto, el torito no se desahoga. Ni se pica en su sitio. La mejor suerte era la de varas; pero eso pasó a la historia... ¡Aquellos tiempos de Frascuelo y luego de Lagartijo, de Fuentes, de Machaquito...! A Frascuelo le vi yo en la plaza vieja. Pero en la vieja, vieja. La que estaba junto a la puerta de Alcalá. En la vieja menos vieja estaba abonado al 2, que era el tendido de la «cátedra». En la de ahora también tengo el abono en el 2 porque no he podido encontrar en el 10 o en el 1, que es donde me gustaría. Por más que para lo que se ve es igual.

—¿Y ha tenido usted amistad con toreros?

—Con muchos. Con el Guerra, con Fuentes, con Machaquito... Fui muy amigo de Mazzantini.

—¿Qué torero era el mejor entonces?

—Para mí, Frascuelo... Guerrita también; pero fué el primero en «achicar» los toros, y eso no lo olvido. Soy amigo de Lalanda, de Ortega...

—Demasiado cerca todavía. Prefiero que hable usted de Belmonte y José.

—Era amigo y admiraba a los dos, lo que era perfecta nente hacedero, puesto que eran dos artistas distintos. Joselito era más completo. Belmonte no ponía banderillas, siguiendo así una moda que inició Vicente Pastor. De los toreros de hoy, quisiera verlos con un toro. Reconozco la emoción de Manolete y la gracia de los toreros sevillanos.

—¿Ha influido mucho su afición en su obra?

—Enormemente. Tengo realizadas muchas obras taurinas: el mausoleo de Joselito, el grupo «El coleo», esa «corrida de toros» que anda ahora por las Exposiciones. Ahora estoy haciendo un grupo con Domecq matando un toro a caballo...

—Y allá, en sus años juveniles, ¿no sintió nunca el deseo de ser torero?

—He sentido el deseo de torear; pero no el de ser torero, en el sentido profesional de la palabra.

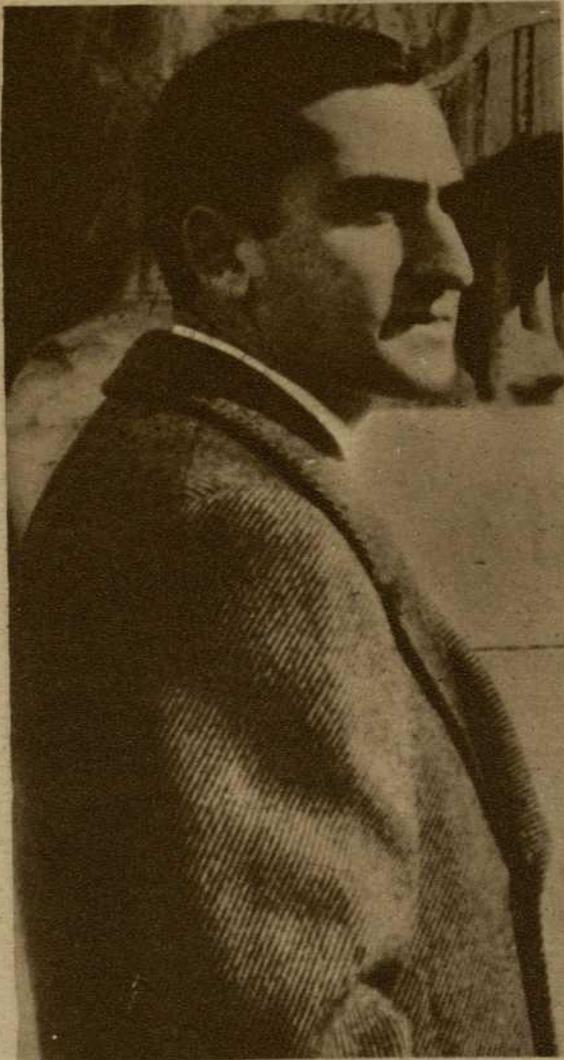
Don Mariano nos lleva al comedor. Allí hay preparadas unas tazas de té. Y antes de sentarnos, el insigne escultor besa dos bustos: el de su madre y el de su padre.

—Son reproducciones de los que hay en su tumba de El Cabañal. Cuando yo muera iré también allí, a reunirme con ellos para siempre...

RAFAEL MARTINEZ GANDIA

CHARLA de fin de temporada

«No logré recobrar mi confianza hasta muy avanzada la temporada»
«Hasta finales de abril no volveré de Lima»



Dos momentos de Juan Belmonte durante su charla para EL RUEDO

GRACIAS a un aviso telefónico, don Joaquín Gómez de Valdeco, apoderado de Juanito Belmonte, pudo realizarse este reportaje. Sin su amable advertencia, el sucesor del trianero se me habría esfumado del panorama taurino de Madrid.

Un crujiente y desvencijado me condujo al aeródromo de Barajas con una hora de anticipación fijada para la partida del avión correo Madrid-Lisboa. Juanito, uno de sus pasajeros, no había llegado todavía.

Para desentumecer los miembros un tanto ateridos por la brisa matutinal, y entretener la espera, me permitieron visitar las edificaciones del aeropuerto.

En mi solitario paseo fui desahogando el pespunte de mis intrascendentes meditaciones. Y pensé que a Juan Belmonte le ha venido a ocurrir lo que a la mayoría de los artistas emparentados con un idéntico llido hecho célebre en la misma profesión. Se le ocurrió que la ventaja natural surgida en la iniciación de la carrera, nublase bien pronto hasta el punto de perjudicar y a menguar la personalidad propia. ¡Terrible responsabilidad para aquellos que ostentan en el toreo por apellido un destacado nombre de pretéritas glorias!

Y tan cierto es esto, como lo fueron las ventajas que en los albores del aprendizaje gozó el torero con respecto a su progenitor, Juan Belmonte. Este no tuvo que seguir una penosa formación profesional ahita de sobresaltos por las persecuciones de los vaqueros, montaraces y guardias civiles. Ni, como el padre, que forjarse en el toreo fantasmático y alucinante de las noches sin luna para verdir las tercerolas de los cancerberos y los cuernos de los toros. Ni, como aquél, hubo de pasar su adolescencia entre torerillos renegridos y sus ojos brillantes por la fiebre y el hambre.

También no es menos cierto que Juanito Belmonte desde la cuna una vocación irresistible, una predestinación para continuar por un camino de su padre arribó a insospechados horizontes de la tauromaquia.

La llegada de varios automóviles me hizo volver a la realidad. De ellos veo apearse a Belmonte, su madre y varios familiares y amigos. Pasando por el lado de Belmonte y varios familiares y amigos. Pasando por el lado de Belmonte y varios familiares y amigos.



alto el malestar que mi enojosa intromisión produce entre el corro de acompañantes, consigo que Juan Belmonte, con su gentileza característica, me conceda los últimos momentos de su permanencia en tierras de España.

—Acortaré las preguntas, ya que no hay tiempo que perder. ¿Qué impresión guarda de su campaña?

—Mala, ¿para qué voy a negarlo? Veinte corridas se llevaron mis dos percances. El primero, el 29 de mayo, toreando en San Sebastián ganado de Albaserrada, con El Estudiante y Domingo Domínguez.

—¿Cuánto tardó en reponerse?

—Un mes aproximadamente. En una de mis primeras reapariciones, el 29 de junio, en Burgos, un toro de Buendía volvió a quitarme el sitio y a mermar mi confianza, hasta el punto de no recobrarla hasta ya muy avanzada la temporada.

—De las treinta y seis corridas que ha toreado este año, ¿en cuál quedó mejor para su gusto?

—En la corrida de Miura, en Bilbao, verificada el 24 de agosto, y en la que me llevé las orejas de mi segundo enemigo.

—¿En qué tarde le salieron peor las cosas?

—En Barcelona, ante un toro de Angel Sánchez, que me llevó de cabeza.

—¿Muy peligroso...?

—No fué esto, ciertamente. Lo que resultó es que de salida se quedó inmóvil en el centro del ruedo, no hubo manera de entrarle a picar ni a banderillar. ¿Quién se deshacía de aquel «don Tancredos» con tantos tonos? De cómo lo hice, aún no lo sé. Ahora, lo que no se me olvidará tan fácilmente serán los dos toros.



Juanito Belmonte se somete a las exigencias del fotógrafo para ilustrar este reportaje

JUANITO BELMONTE, habla para EL RUEDO

La mayoría de los aficionados gusta más del toreo espectacular, que de la lidia dominadora y eficaz

...me a culpar por culpa de
...enemigo.
...dos palabras de
...que usted va a empre-

este viaje—mi primero a
—realizo una de mis más
—dusiones. ¡Ahí es nada, ir a
—donde mi padre se en-
—como en su misma casa!
—tratado para intervenir en
—pañña de Lima.
—largo el viaje?

...impuesto por las cruen-
...stancias actuales. Aproxí-
...dos meses y medio en-
...y travesía. Cuando regre-
...visto ustedes unas cuan-
...
...personal subalterno es-

...conmigo Avia, y en Lima
...con nosotros Rafaelillo, mi antiguo ban-

...ha sido hasta la fecha su mejor tempo-

...anterior, con sesenta y cuatro actuacio-
...mismas que llegué a torear en 1942, pero
...ornadas y con mayor éxito artístico.

...factores intervienen, a su juicio, para
...las oscilaciones tan frecuentes en los
...entorno?

...esto intervienen varios y poderosos facto-
...ellos como la sugestión de dominio, el
...rollo y la confianza, derivadas siempre de
...física del torero. Esto permite que has-
...parezcan buenos aquellos toros que no
...cambio, cuando flaquean las energías
...vacilaciones, la desgana, el desaliento...
...ve usted a la fiesta, en su actual mo-

...primera vista, la fiesta de toros está ahora
...no estuvo nunca. Y es que para su apa-
...concurren todos los factores: públi-
...más numerosos, grandes sueldos para
...crecidas ganancias para los empresa-
...los ruedos el éxito artístico luce la mayo-
...tardes.

...embargo, ¿usted no parece ser de los

...?...
...?...
...?...?

...que no sé cómo explicarla. Se pide con insistencia el toro grande; pero en cambio la masa de
...no sabe estimar en todo su valor la faena que requiere esa clase de toros. Ahora, lo que
...toreo vistoso y espectacular. Para hacer esto se requiere que el toro sea terciado. Al toro con
...que lidiarlo y esto no gusta a públicos heterogéneos, compuestos en su mayoría de mujeres y
...bisoños.

...¿es su pase o lance preferido?
...pases afarolados, que en mí es algo de ejecución intuitiva, ejecutada desde mis tiempos de be-

...qué buena cualidad taurina se halla más satisfecho?

...de mi amor propio, tan exagerado como el de un principiante. Esto me proporciona verda-

...gustos cuando las cosas no ruedan a la medida de mis deseos.

...qué defecto quisiera corregirse?
...mi indolencia, que no me permite reaccionar en un sentido inmediato cuando en los ruedos em-

...encontrarme a gusto.
...del momento se impone. El Junkers está a punto para emprender su viaje. La mayoría de

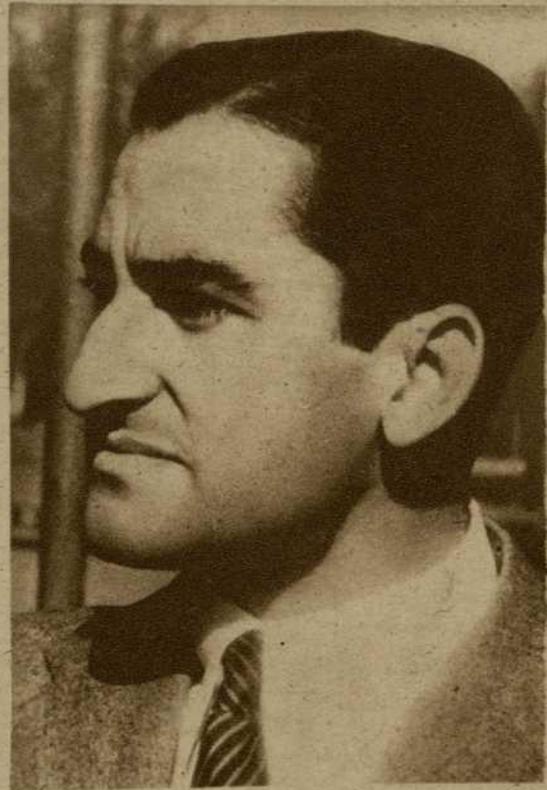
...ya se han acomodado en los asientos. Juanito Belmonte se funde en el grupo amical. Sin duda,

...su propia emoción, bromea con cuantos le rodean. Llega la hora de las despedidas. El día-

...a su madre, estrecha la mano de los amigos y sube al avión cerrando el cortejo de los pasajeros.
F. MENDO



El mismo día de la salida de Belmonte para Lisboa, Manzano hizo estas fotografías para EL RUEDO



Juanito Belmonte, veinticuatro horas antes de emprender el viaje para la capital de Portugal antes de embarcar para América

EL ESTOQUE DE MATAR TOROS

Por FELIPE SASSONE



El estoque para matar toros, que algunos diccionarios llaman estoque de lidia para diferenciarlo de todos los demás, y debieran agregar taurómaca, puesto que para sólo esa lidia tiene su empleo único, es desde luego un arma especial de acero duro y forjado, de hoja rígida, que más fácilmente se rompe que se tuerce para que sea más fácil su penetración total en el cuerpo del toro. Se le llama estoque, y sin embargo no es una espada angosta, como los estoques propiamente dichos, sino una verdadera espada de hoja más ancha que

las de esgrima, y que, como todas las de estas armas, se va estrechando progresivamente hacia la punta. En el tercio que se llama débil, y en este caso no lo es, se le imprime una pequeña curvatura, que los toreros denominan «muerte», para que no resbale sobre la piel del toro o la rasgue al pinchar, sino que enganche inmediatamente y cale y pueda pasar, como una sonda curva por entre la red de huesos del esqueleto torácico de la res. Aunque un toro no es un ave—¡naturalmente!—, se me antoja escribir, para dar una idea más clara, la palabra caparazón. Que me perdone el lector si no logro explicarlo más cumplidamente.

El estoque o la espada de matar toros tiene una longitud, desde el pomo a la punta, de 85 a 90 centímetros. Más larga sería incómoda y traspasaría el cuerpo del animal. Como es una espada hecha sólo para ofender y no para combatir ni esgrimir, ni con ella se atiende nunca a la defensa, pues no pugna con espada contraria, la guarnición no tiene nada que proteja la mano, puesto que ésta no necesita ser protegida. La forma de la empuñadura es como la de la espada española del siglo XVII; pero sólo conserva, y un poco más corta, la cruz de los gaviñanes y la curva del asa de la guarnición, aunque por ella no se rasga y sólo sirva para meter y asegurar la mano. La taza no existe, y bien está así, no ya tan sólo porque no hace falta, sino porque sería un estorbo para la vista del matador en el momento de herir. La empuñadura es más corta que la de ninguna otra espada, para que el dedo índice, que es el que asegura la dirección de la estocada, pueda proyectarse hasta el nacimiento de la hoja. La guarnición—temo ser demasiado prolijo, pero más vale pecar por carta de más—va envuelta en una cinta de lana roja, y el pomo en una gamuza para que la mano no se escurra. Por la forma de la empuñadura y la manera de cogerla, la hoja no forma ángulo alguno con la muñeca cuando se extiende todo el brazo. Se ha conseguido fácilmente lo que se procuraba en las espadas de esgrima descentradas, según el modelo último del inolvidable Angel Lancho, que mejoró las espadas de Sanz, y como en la forma insuperable y definitiva de la espada del célebre profesor siciliano Athos di San Malato, por nadie nunca vencido. Esto es: se ha logrado que la hoja forme una línea recta con el brazo y sea, cuando éste se halle plegado, como una prolongación del hueso cúbico. Ello se pudo obtener fácilmente desde el primero que se construyó, por ser el estoque de matar toros arma de ofensa, insisto, y no de defensa, y no tener que ir a parada ni quite alguno ni componer frases ni lances de esgrima. El matador habrá de saber, pues, aprovechar las condiciones de su arma y procurar que el antebrazo forme una sola línea recta con la espada desde la punta de ésta hasta el codo del hombre, como si en el codo, precisamente, estuviera insertada la espiga del acero.

Como la única defensa del matador es la muleta, y ésta se lleva en la mano izquierda, y es lo primero que ha de ofrecerse al animal para que humille y descubra, el diestro, en el cite, habrá de colocarse de costado, con el hombro izquierdo hacia el toro, que es lo que se llama enhilarse o perfilarse, y precisamente muy de perfil, no ya tan sólo para adelantar mejor el trapo, sino para ofrecer a la vista del toro más muleta que cuerpo, y de éste, la menor cantidad de volumen posible. Habrá de atacar, pues, no como cuando se esgrime, perfilado con el hombro derecho y estirando el brazo lejos del busto, sino al revés, pasando por delante del busto el brazo ofensor, y como en esta posición el brazo no acabaría de pasar, ni el lidiador podría salir del embroque, habrán de variar ligeramente en el viaje la disposición del cuerpo, y cuando el toro haya tomado el engaño, enderezarse y darle el pecho, doblándose por la cintura para facilitar el juego del brazo armado y de la pierna derecha que ha de avanzar cruzándose con la izquierda para tomar la salida. Pero todo ello, reunido ¡qué difícil es explicarlo!—, es decir, sin que el brazo se separe del busto hasta un punto tal, que el peso del cuerpo ya no contribuya a la intensidad del ataque; no haciendo a tenazón, con el brazo separado hacia afuera, por huir del toro; no firando el puño como quien le da un capón a un chico, sino mandándolo recto, con el brazo en el mismo plano del busto, con la fuerza que nace desde el hombro y ayudándose con todo el cuerpo como los buenos boxeadores. Todo esto, más por lo que atañe a la dirección que a la fuerza, porque, en verdad, no hace falta cuando se cogen los blandos,



que por algo así se llaman, y entonces la espada penetra fácilmente ayudada por la embestida del toro que se clava en ella. Un niño es capaz de dar una gran estocada si clava en el sitio justo; mas como no siempre se hiera en el sitio exacto y lo importante es matar pronto, aunque el estoque entre en las cercanías de los blandos, que ya no lo son tanto, no está de más que a la acción del brazo se sumen también el impulso y el peso de todo el cuerpo. Pero de la manera de armarse, enhilarse o perfilarse, y de la colocación del brazo—que en todo ello y en el tiempo de la acción entra la eficacia de la estocada—, ya hablaré otro día. Lo que de espacio me falta, me sobra de cansancio. Perdóname el lector. Tardé en componer todo esto tanto como si hubiera intentado una página preciosa para caer, al fin, vencido por la aridez y la dificultad del tema, escribiendo una prosa pedestre y ramplona con el temor de no haber sido todo lo claro y exacto que necesitaba y deseaba. Otra vez, perdóname el lector.



ESTAMPAS DE OTROS TIEMPOS

LA ÚLTIMA CORRIDA DE BELMONTE EN SEVILLA

YA había sufrido una grave cogida la afición en Talavera de la Reina. Pero este día—29 de septiembre de 1935—, en Sevilla, la cornada que recibió, a purito estuvo de costarle muy cara. Por de pronto, se puede decir que aun está convaleciente de las heridas sufridas en aquella triste fe-

siento el inmenso dolor de la muchedumbre que se reunió a ver marchar al famoso "pasma" de Triana. Con los ojos muy abiertos, irían fotografiando en su imaginación una por una las intervenciones de Juan. Y su última media verónica, su último pase de pecho—cerca el toro, manchando con su sangre la plata de aquel traje nuevo de despedida—, estarán como reliquias en el corazón del aficionado sevillano, que vió nacer y morir para la fiesta a tan enorme portento.

Yo no estuve, pero sé que aquellos espectadores no tendrían miradas más que para él. Y cuando se lidiasen los toros de los otros dos matadores, el público—sin desdeñar lo que hicieran Cayetano o Manolo—seguiría los pasos, uno por uno, de Belmonte. Y encontraría motivo de enternecimiento hasta en la forma de plegar ésta su capa. Apoyado en la barrera, el capote caído, lacio, entre sus manos; su figura en el tercio de banderillas—su pequeña y desgarbada figura—, detrás del rehiletero de turno, moviendo el percal para llamar la atención del toro; su vuelta al burladero después de la estocada—¿Se cansa? ¿Siente fatiga?—y hasta su forma de enjugarse el sudor. Todo, hasta el más nimio detalle, el más pequeño movimiento, estará bajo el sombrero ancho del sevillano, que estuvo allí, muy apretado para impedir que se esfume el recuerdo. ¡Todo! Porque ellos, que le vieron nacer a su incommensurable arte, también le vieron irse. Fué Juan el que los eligió como apóstoles suyos para que desde esa fecha memorable, a las generaciones que quedasen por venir, que quisieran enterarse, que tuvie-

ran deseos de saber, se lo contarán. Y nadie mejor que ellos para este menester, con su ampulosa verborrea mediterránea, salpicada por el aire salobre que les viene de las marismas: "¡Sí, señó; fué aquí, en Serva la Varí. Aquella tarde, la Girarda estaba triste. Y no llevaba un largo velo de luto, porque no había en toa España crespón pa tan jonda pena. Juan salió con la cabeza más jundida sobre el pecho que nunca. Nosotros—¡los que le vimo!—teniamos un nño enorme aquí, y toa la lágrima se nos querían salir a un tiempo. Pero no llorá-bamo nadie. ¡Había que ve aquéllo!"

E irá desgranando su romance en prosa—el romance de la despedida de Belmonte—ante el gesto desconcertado del que no lo conoció. Y las lágrimas que aquel 19 de septiembre de 1935—¡qué sería es esta fecha!—pudo contener para verlo, hoy se le escapan ante el recuerdo de aquel que fué la piedra fundamental del toreo moderno.



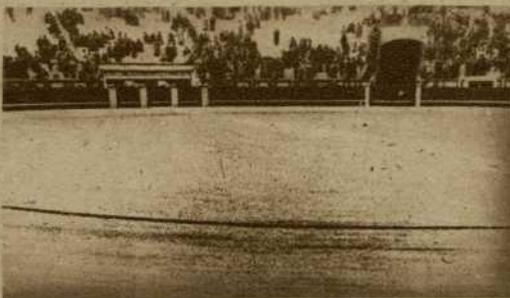
En ese 19 de septiembre de 1937, Juanito Belmonte—Don Juan Belmonte!—se marchaba pa siempre de los trajes de luces, de las largas cascadas saltando de un tendido a otro, de los pasitos con la barbilla hundida sobre el pecho y el paso descompasado y torpe. Veíe aquí, en la fotografía que ilustra esta página, serio, muy serio, con la preocupación del momento definitivo y vistiendo un terno nuevo, de plaza. Le acompañan el Niño de la Palma—"le llaman Cayetano" y es de Ronda"—y Manolito Bienvenido. El uno, el primero, de negro, y el otro, de blanco. ¡Simbolismo de este entiero en vida de aquel que fué el origen, la piedra fundamental del toreo moderno!

Yo no estuve aquella tarde en Sevilla; pero pre-

Cuando el toro no está en el ruedo

En la fiesta de los toros, la lidia de las reses no es más que el momento culminante; pero el conjuro de los lances de capa, de los pases de banderillas y de las estocadas, nace, crece y alienta un vasto mundo lleno de interés, al que se llama mundillo taurino, o, como le denomina enfática y graciosamente Antonio Díaz Cañabate, "el planeta de los toros". Con esta definición "astral" se da a entender que los grandes "aficionados", los que viven por y para la fiesta, discurren, hablan y se matan como si estuvieran fuera de la Tierra, de manera distinta que los demás mortales. Y casi es verdad. Los grandes taurófilos no sólo van a la Plaza; desaparecen en el café, para empezar a hablar de toros; toman el aperitivo en el "colmado", para seguir hablando

de toros; almuerzan de prisa, para reanudar el diálogo sobre toros en el café de vez, y la tertulia vespertina, y la cena improvisada—"porque se ha hecho tarde cuando mundo de toros"—, y la tertulia de noche, y etcétera, etcétera. Aficionados, capoteros, periodistas, fotógrafos, mozos de astoque, y otra vez etcétera, etcétera. Pero, ¿qué hablar del "planeta" taurino lejos de la Plaza, si en ella misma, cuando el toro está en el ruedo, bulle un mundo de gracia y emoción, de sabor único, de color y personalidad? En esta colección fotográfica se recoge la imagen de esos rincones y momentos vitales, sin gran ruido que "brama" de entusiasmo ni matador que hunda el estoque. Son las instantáneas de la vida "interior" de la fiesta.—F. R.



El ruedo, antes de comenzar la fiesta, con su anuncio que le atraviesa—vivimos una Era tan mercantilizada, que hasta aquí ha llegado la publicidad!—. No están aún en el tendido más que los madrugadores, esos entusiastas que no quieren perderse ni el espectáculo de ver cómo llega la gente, cómo los "claros" se van "cubriendo" hasta que al sonar el clarín no se ve un asiento libre



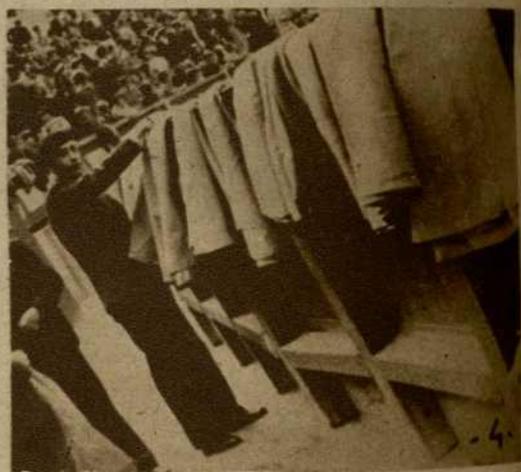
¿Qué hace el mozo ahí, junto a la barrera? Está colocando la estaquilla en la muleta, uno de los menesteres de su compleja profesión. De que la estaquilla esté bien puesta depende que el "maestro" pueda luego jugar confiadamente con la muleta



Los buenos aficionados acuden temprano y se congregan en el patio de caballos. Aquí se saben todos los secretos. Que Fulano viene de torear ayer en Alicante, que tal muy cansado, porque ha hecho un viaje pésimo; que tal toro promete ser de bandera; que ha dicho Mengano que su "mataor" viene dispuesto a dar la mejor tarde de su vida, a nada que el bicho le acompañe



Podría titularse esta instantánea, con una frase hecha, con un título famoso en la fiesta española: "Sangre y arena". Ya ha corrido la sangre, ya se han llevado al toro, ya han recogido al caballo; acaso en la enfermería la ciencia está salvando una vida que jugó con la muerte. Va a salir otro toro. Fero aquí asistimos a un alegre festejo y no a un drama lúgubre. Hay que olvidar lo pasado. Hay que mezclar sangre y arena hábilmente.



La brega frente al tendido. En los vuelos del capote irá luego la fiera, embebida; o en un derrote rasgará la seda del engaño. Los mozos, entre tanto, siguen bregando. Siempre los capotes a punto, esperando la mano que haga con ellos la filigrana de la verónica, o la media verónica del remate



Aquí está en su elemento el caballero jinete, en el patio de caballos. Estampa del más castizo sabor. El caballo, tuerto con su pañuelo, que ha de ocultarle los cuchillos que le amenazan. Y el picador, erguido, solemne, esperando el instante en que ha de cruzar la meseta del toril para coger su garrocha puntiaguda y defender con ella al noble animal que monta de la embestida de la fiera. Un poco de quijotes tienen los picadores sobre sus rocinantes



Las mulillas y los mulilleros. Con sus adornos, con las alegres banderolas que surgen enhiestas como artificiales y prodigiosas orejas de colores. Cuando la faena ha terminado; cuando la fiera, venida por la estocada, "muere la arena" patas arriba; cuando el artista da la vuelta al ruedo con el trofeo de la oreja en la mano y la muchedumbre se pone en pie, aclamándole; cuando sueña un alegre pasodoble



Los mozos de espadas, reunidos en el callejón, se disponen a "despachar" la tarde. Ya están las capas colocadas sobre la barrera; los trastos en el suelo, y llegando el público. "Se anima el tendido, ¡eh!"

Instantáneas de la vida "interior" de la fiesta



La entrada en la Plaza se controla severamente. El público ha de pasar por ese andamio desfiladero que dejan los grandes cajones colocados en las puertas, que obligan a caminar de uno en uno. Los porteros, con sus solemnes gorras de plato, galoneadas, le dan a su cometido tanta importancia, que parecen pertenecer a una gran institución de positivo privilegio.



¡Virgen mía de la Paloma, dame buena suerte! La españolísima fiesta, por española, es de valientes, y también por española, de hombres de fe, que invocan a la Madre de Dios antes de ponerse en el riesgo y trance de gloria o muerte. No sólo la rezan en la capilla. De la fina cadena de oro cuelgan sobre el pecho de los toreros las medallas veneradas, que muchas veces—la Historia está llena de episodios que lo confirman—les salvaron de una muerte cierta.



Los guardias de la Policía Armada, vistosos y marciales, que han venido a sustituir a aquellos veteranos guardias de Seguridad con sus quepis calados hasta las orejas y sus bigotes tremebundos, se vuelven de cara al tendido. ¡H!a y "hule", se han alborotado los "morenos". Los guardias sonríen y esperan que la trifurca amainará en seguida, como tantas otras en esta apasionante

fiesta de los toros. Pero si no... ¡cuidado, señores! ¡están los vigías del orden dispuestos a salvar a los espectadores pacíficos de la fiera



Los que pudiéramos llamar toreros no se visten "de pega" en su casa ni se pasean en coche por las calles con traje de luces. Estos subalternos, que atienden a servicios auxiliares en la Plaza, se visten en ella. Acaso soñaron un día con ser espadas aclamados por la multitud, y al desvanecerse el sueño, se conformaron, al menos, con participar en la fiesta en menesteres modestos, pero directos, sin confundirse con el paisanaje

no, se conformaron, al menos, con participar en la fiesta en menesteres modestos, pero directos, sin confundirse con el paisanaje



Cuando las cuadrillas aun no se han formado para hacer el "paseillo", siempre surge el amigo que saluda al espada. En el último instante le estrecha la mano, le desea mucha suerte; procura que todo esto lo vea mucha gente, y luego llega al tendido donde le espera la "peña" de abonados en

tusiastas, y declara con énfasis: "Me decía ahora Manolo, en confianza..." Y respira feliz de ser el depositario de las confidencias del "maestro"



En el mundillo de los mozos de "espás", se llaman estos bultos que ven ustedes "los cestos de la herramienta". Ahí puede estar la espada que dé la "estocá" de la tarde y puede estar esa otra que pincha y pincha y nunca llega hondo. Hay mil supersticiones; a veces, el mozo tiene ya dispuesta la nueva arma para cambiársela al matador por la que le ha fallado

en otros casos, el matador limpia la sangre e insiste en tirarse a matar con el mismo acero. En un simple detalle de estos menudos, por pura sugestión, está el éxito o el fracaso



¡Del Berro, agua! ¡Para quitar los sustos! Toda la vida ha gozado fama impar el chorro de la madrileña Fuente del Berro. Limpísima, fresquísima... y hasta dice la voz popular que con virtudes curativas. No podía faltar, por tanto, en la Plaza. Y, naturalmente, remansada en el imponente

Lotijo de barro, que la aísla de todas las inclinaciones del exterior. Cuando los rayos solares caen a plomo sobre el tendido y calientan el aire a cincuenta grados, el agua del Berro sale fresquita



Si van ustedes a los toros, no necesitan que les presentemos a esta barbiliana maciza y abundosa. Su pelo negro "apretado", su pañolón al cuello, su morena cara de inconfundibles rasgos, proclaman a voces que estamos en presencia de una "cañí". Sí, señores; ésta es la famosa gitana y mascota de

la Plaza de Toros de Madrid, que parece escapada de una de las más típicas estampas que tantos poetas castizos cantaron y cuya actualidad no ha de desaparecer en muchos años

EDUARDO PAGÉS, poeta

"¿Te acuerdas de aquel Madrid de Mosquera y de Retana...?"



DE esto de toros todo el mundo cree que entiendo. Sobre todo, hay muchísimos sujetos que se consideran capaces de confeccionar el mejor cartel de cualquier feria, un cartel como para ganar treinta mil duros todas las tardes. Sin embargo, existen poquitos buenos empresarios taurinos. Son éstos misterios que tiene la fiesta. ¿Por qué no hay una novela de toros digna y que refleje fielmente su mundo y sus pasiones? Pues nada: todavía está el campo inédito para los escritores que se sientan con agallas. Hasta ahora, todos los intentos se malograron. Pues igual que ocurre con la literatura sucede con esto de los empresarios. ¿Por qué no ha surgido el hombre de negocios con visión genial, que, provisto de capital suficiente y asesoramientos capaces, se lance a la explotación en grande del negocio taurino? Hasta ahora, el único que ha intentado algo, dentro de la modestia de sus medios, es Eduardo Pagés.

Eduardo Pagés llegó a empresario por un buen camino: por el de la afición. Desde muchacho se ocupó de cosas de toros, y, con el seudónimo de *Don Verdades*, escribió revistas y publicó un semanario titulado *El Miura*. Por lo tanto, ahora Eduardo Pagés sabe lo que se trae entre manos.

Eduardo Pagés es figura preeminente en el planeta de los toros. En este mundo, donde tanto abunda la picaresca, resalta la formalidad de Pagés. Pagés es todo un hombre de negocios sin el empaque, la cursilería y la pedantería insufribles que generalmente poseen para su uso particular los hombres de negocios. Pagés es un hombre muy trabajador que da la sensación que no hace nada en todo el día. Pagés, además, es un hombre que tiene cosas. Una varita mágica para que no llueva. Una sortija con un grueso brillante montado en platino, que no se pone más que los días de corrida organizada por él, un secretario un tanto alocado que, por lo visto, es mascota. Y así, con todas estas cosas y contratando a los mejores toreros con los mejores toros, pues el hombre gana algún dinero, que bastantes le envidian y por eso nada más le muerden.

Como, gracias a Dios, entre mis muchos pecados no entra el de la envidia, puedo hablar de Eduardo Pagés con toda libertad; porque hasta ahora no me he dedicado a apoderar toreros ni le he pedido una entrada, y, por lo

tanto, le enjuicio, con simpatía, desde luego, pero con imparcialidad y objetividad.

Muchos torerillos creen de buena fe que si Pagés quisiera en una tarde les hacía millonarios. Y razonan:

—Hay que ver qué tío; no da toros más que a Ortega y Manolete. Y uno aquí, sentado en el café. Y yo mando más que Ortega y me paro más que Manolete; pero, claro, como no soy amigo de Pagés...

Y otro apostilla:

—¡Qué sabe Pagés de toros si es un chalao! ¡Ese es el que tiene la culpa de cómo está el toreo!

No es mi intención hablar hoy de Eduardo Pagés, empresario taurino; tiempo habrá de ello. Hoy brindamos a esos torerillos quejosos del desvío de Pagés un medio de sacarle sin grandes dificultades una corridilla, adonde sea, a lo mejor, en la mismísima feria de abril sevillana. El medio es sencillo. En lugar de llegar al café de turno, donde se refugia antes de comer Pagés, siempre huyendo de importunos, y hablarle de toros y ensalzar su labor como empresario y sus dotes de aficionado, decirle de pronto:

—Don Eduardo, me han dicho que tiene usted escritos cuatro dramas en verso. A mí me gustan mucho los dramas, y más si están en verso. ¿Me quiere usted leer uno?

Ya veréis cómo se le alegran los ojillos, cómo sonríe picarescamente y cómo, si tenéis la suerte de que os lo lea, al final está dispuesto a daros no una, sino tres o cuatro corridas en sus diferentes plazas.

Porque Eduardo Pagés es poeta y autor dramático. Veníamos este año de los sanfermines de Pamplona, y en el pasillo del vagón del tren Pagés me fué recitando poesías suyas, todas inéditas, poesías románticas, de un lirismo tierno y suave. Siento mucho no recordar alguna para demostrar que no exagero, adulo ni ironizo. Pero no por esto van ustedes a quedarse sin conocer la poesía de Pagés. Don Eduardo ha tenido la amabilidad de dedicarme un romance, escrito como consecuencia de la lectura de un libro mío. Helo aquí:

*¿Te acuerdas de aquel Madrid,
Cañabate de mi alma,
aquel Madrid ya lejano
de Mosquera y de Retana;
el de aquellas modistillas,
chulonas de rompe y rasga,
sapatitos de charol,
falda azul y blusa blanca
y el mantoncillo aljombrao.
Cuando la cosa petaba,
el de Gallito y Belmonte,
de Punteret y de Malla,
de los cocis a setenta
en la tasca de la María*

*y a peseta los tendidos
en las buenas novilladas.
el Madrid de «Las bribonas»
y «El ruido de campanas»,
y el de las buenas mamás
de café y media tostada,
el Madrid de ¡¡ señorito !!
¡ Te daba así ! ¡ Amos, anda !
Aquel del simón con gomas
que a los toros nos llevaba !
Pues todo aquello pasó...
Lo llevó el tiempo en volandas,
de aquellos nuestros Madriles
ya no quedan ni «las raspas».
¡ Si en la calle la Comadre
se pirran por leer «Marcas» !
¡ Si con zapatos de coja
corre que trisca la Ufrasia !
¡ Si un abrigo de «mutono»
luce la señá Leandra !
¡ Si Bibiano, el ebanista,
esquita en Navacerrada !
Y venden bombones helaos
en las corridas de gala...
¡ Ay, que se nos va la vida,
Cañabate de mi alma !
¡ Te acuerdas de aquel Madrid
de Mosquera y de Retana ?*

Yo no digo que de aquí a unos años un futuro don Ramón Menéndez Pidal vaya a incluir este romancillo en una flor antológica; pero sí afirmo que el romance tiene gracia, soltura, agilidad, tres elementos no tan fáciles de combinar, máxime si es un hombre alejado del profesionalismo literario.

Cuando vean ustedes a Pagés por esas ferias, varita en mano, atareado en los múltiples y heterogéneos cuidados que exige la organización de una corrida de toros, acuérdense de que es un poeta que maneja miles de duros. ¡Extraño poeta a fe mía!

ANTONIO DIAZ-CAÑABATE

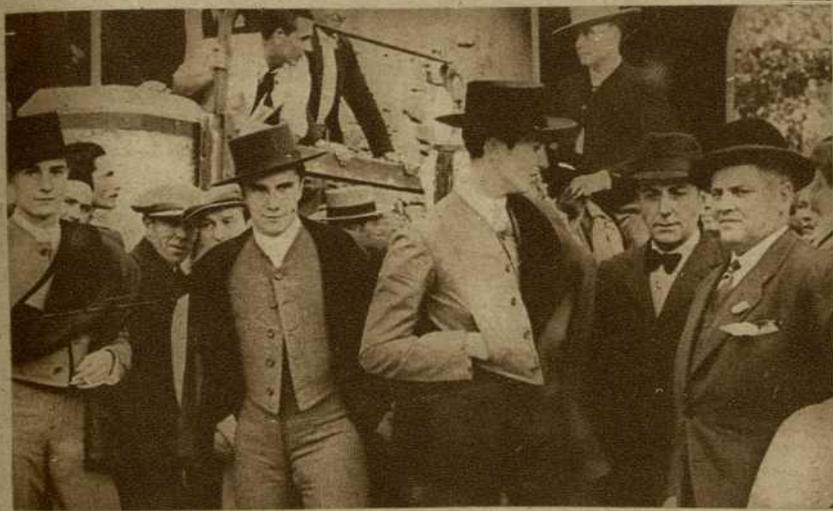


FESTIVAL TAURINO EN ORIHUELA



La presidencia del festival del domingo en Orihuela

**DUQUE DE PINOHERMOSO,
DOMINGO, PEPE
y LUIS MIGUEL DOMINGUIN**



Los hermanos Dominguin, con su padre, antes de hacer el paseillo



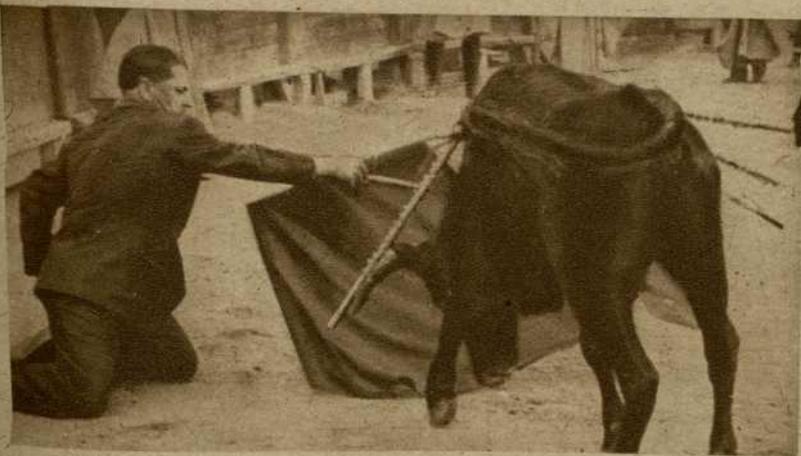
El duque de Pinohermoso antes del festival



Un buen rejón en todo lo alto, del duque de Pinohermoso



Pepe Dominguin muleteando de rodillas



Domingo González, Dominguin (padre), en un muletazo de rodillas



Luis Miguel cita para clavar un par de banderillas y espera inmóvil la arrancada del novillo. Los tres hermanos, junto con su padre, tuvieron una lucida actuación en el festival de Orihuela



Un pase con la derecha, de Pepe (Fots. López.)



Dominguin (padre) es llevado a hombros por sus tres hijos

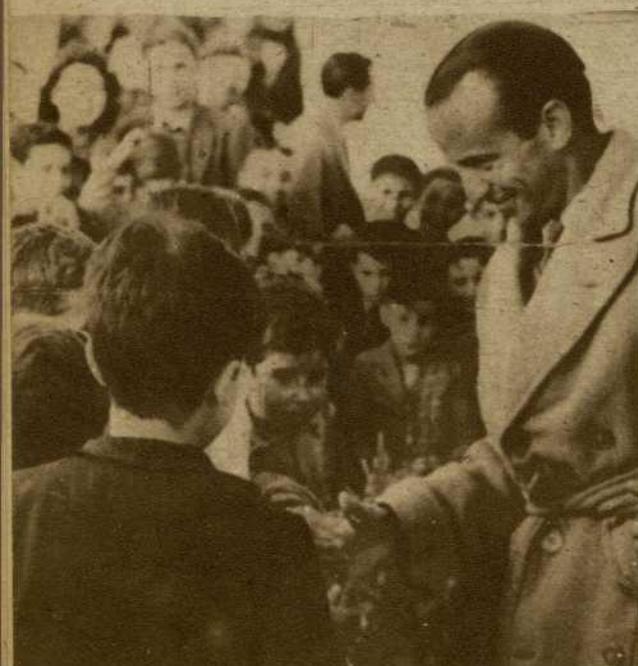


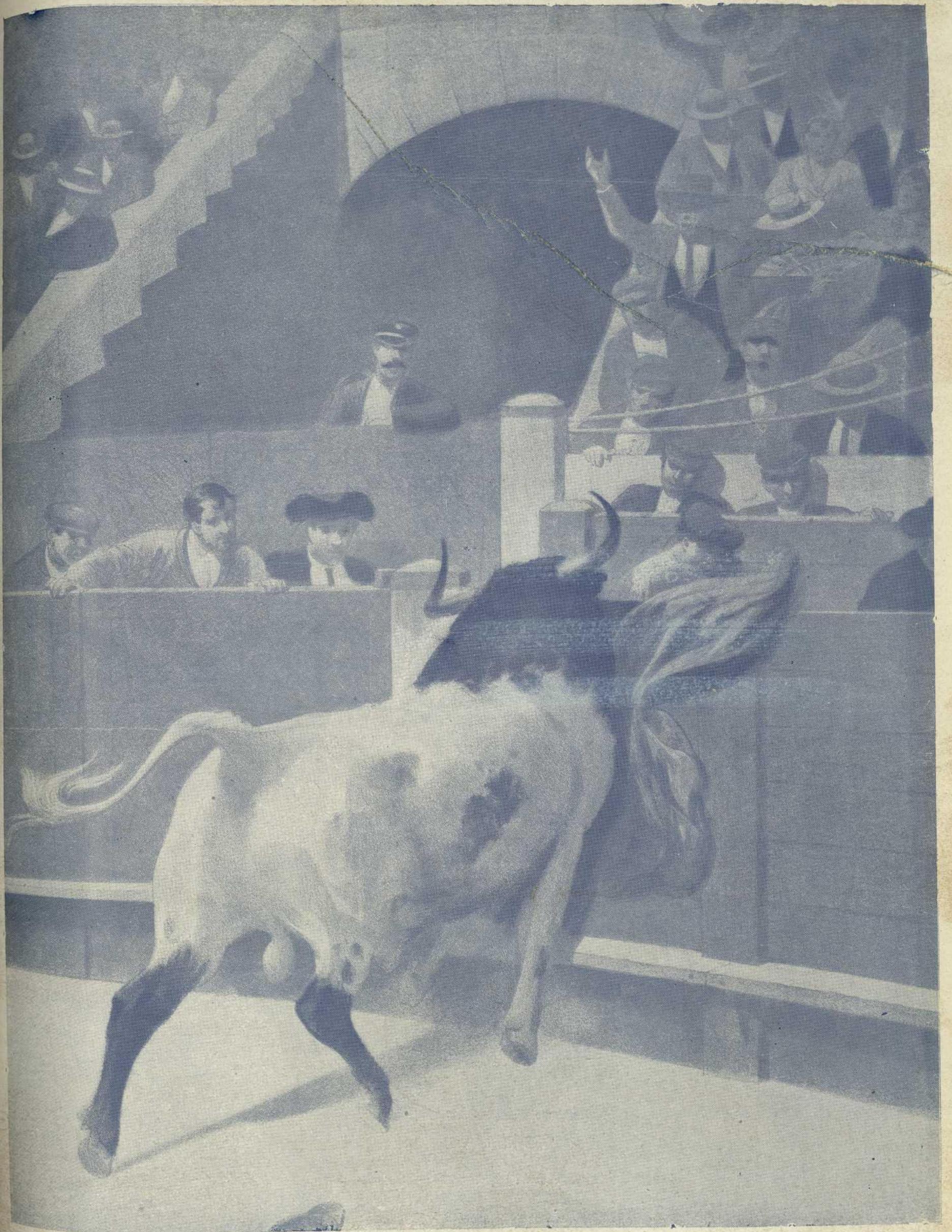
Para estos chicos torea ALVARO DOMECA

Un sencillo acto de agradecimiento de los pequeños acogidos en el Oratorio Festivo Domingo Savio

DAMOS en esta página las fotografías del acto íntimo que como testimonio de agradecimiento dedicaron los niños del Oratorio Festivo Domingo Savio a Alvaro Domeca, el cual hizo donación de medio millón de pesetas a esta benéfica institución, dirigida y fundada a expensas de limosnas por el Padre Torres Silva. El Oratorio está enclavado en el barrio de Mundo Nuevo, de Jerez, y en él están recogidos aquellos chicos que nadie quiere, miserables y desheredados de la fortuna y que en esta escuela encuentran su redención y el buen camino.

El reportaje gráfico de Mari nos muestra algunos de los chicos que forman dentro de esta institución, a Alvaro Domeca escarado en hombros por los chiquillos después de su mejor faena, el momento de la entrega del cheque al Padre Torres Silva, y otras en que se ven a nuestro director, al refoñeador jerezano y al Padre Torres departiendo con los pequeños. (Fots. Mari)





Exceso de bravura
(Dibujo de Perea)



Toreros célebres: Antonio Fuentes